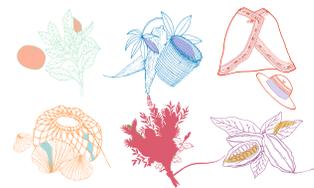


DESPIERTAS Y DE PIE

**PARTICIPACIÓN
Y ORGANIZACIÓN
COMUNITARIA DE
LA MUJER RURAL**







DESPIERTAS Y DE PIE

**PARTICIPACIÓN Y ORGANIZACIÓN
COMUNITARIA DE LA MUJER RURAL**

República del Ecuador

Consejo Nacional Electoral

Juan Pablo Pozo
Consejero Presidente

Nubia Villacís Carreño
Consejera Vicepresidenta

Ana Marcela Paredes
Consejera

Paúl Salazar Vargas
Consejero

Mauricio Tayupanta
Consejero

DESPIERTAS Y DE PIE

Primera edición. Febrero, 2015
Quito, Ecuador

Dirección Ejecutiva
Roberto Iturralde Barriga

Concepto y coordinación del proyecto
Felipe Cisneros Palacios

Coordinación de textos
María Fernanda Ampuero

Coordinación fotográfica:
Soledad Rosales

Concepto visual, ilustración y diseño editorial
belénmena

Edición fotográfica-secuencia
Karla Gachet, Soledad Rosales

Textos
Fátima Cárdenas, Soraya Constante, Marcela Noriega,
Solange Rodríguez Pappé, Verónica Garcés, Gabriela Paz y Miño

Fotografía
Soledad Rosales, Pilar Cáceres, Romina Ycaza, Paula Parrini, Claudia Ayora, Karla Gachet

Impresión
El Telégrafo

ISBN 978-9942-07-794-3

Impreso en Ecuador

© Todos los derechos reservados. Queda prohibido su reproducción, almacenamiento o transmisión por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, incluyendo su grabación o almacenamiento en cualquier sistema de recuperación de información, sin la expresa autorización del Instituto de la Democracia.

Contenidos

Presentación	7
Prefacio	9
La investigación	10
Zoila Bermello	
Solidaridad y bien común Parroquia San Plácido, provincia de Manabí	12
Lidia Mamallacta	
Caminando juntas Comunidad Quilluyacu, provincia de Napo	26
Francisca Chimbo	
Palabra, diálogo y acción Comunidad Illagua Canllushi, provincia de Bolívar	44
Lilia Abril	
Perseverancia y buen futuro Parroquia San Pedro de los Cofanes, provincia de Sucumbios	62
María Cangua	
El eco de la constancia Parroquia Bolívar, provincia de Esmeraldas	80
Rosa Sisalima	
Tejiendo el nuevo día Comunidad El Carmen de Jadán, provincia de Azuay	98
Epílogo	118
Glosario	123

La Constitución de la República del Ecuador reconoce a la democracia comunitaria como uno de los tres tipos de organización y participación social y política, en el marco de un país intercultural y plurinacional. La democracia, en este contexto, plantea el reconocimiento de mecanismos tradicionalmente existentes, reales y simbólicos que promueven la organización y la participación comunitaria de mujeres y hombres y, por lo tanto, que conllevan la organización de una convivencia entre diversos y que tiene como fundamento la creación de condiciones de equidad, para la construcción colectiva de imaginarios compartidos.

Este cúmulo de formas de organización y participación no nacieron ni florecieron solas, todo lo contrario, son producto del trabajo de ecuatorianas y ecuatorianos y de esa historia que llena de vida nuestros valles, nuestros páramos y nuestros manglares. La democracia comunitaria es producto de aquel contenido simbólico que actualiza y recompone la vida, gracias a todas aquellas expresiones culturales que caracterizan a nuestros pueblos y nacionalidades; son producto de aquel contenido simbólico y mítico que invita al respeto a la madre tierra, al afecto y estimula el sentimiento identitario en la cotidiana convivencia de los pueblos.

En este contexto, el Consejo Nacional Electoral viene impulsando el proyecto “Democracia Comunitaria: fortalecimiento de la participación política desde los territorios”, que tiene como objetivo fundamental desarrollar procesos de intercambio y aprendizajes compartidos, sobre los procedimientos de deliberación y decisión a nivel comunitario, para contribuir al efectivo desarrollo de políticas públicas que tengan como base el respeto irrestricto a los derechos de participación, a los derechos colectivos y al principio de interculturalidad.

Por ello, entendemos a lo comunitario como sinónimo de solidaridad social fortalecida gracias a la recreación de las tradiciones ancestrales, mientras que lo democrático es sinónimo de la vivencia cíclica plasmada en comunidad. En este marco, el Instituto de la Democracia del Consejo Nacional Electoral, con la finalidad de conocer,

entender y analizar las formas de organización y participación comunitaria en el Ecuador, presenta a la ciudadanía este libro, producto de una investigación realizada en seis comunidades geográficamente diversas del país, con la participación de seis mujeres rurales como protagonistas, cuyas experiencias son narradas a través de la pluma de seis escritoras y documentada desde el lente de seis fotografías, todas ecuatorianas.

Tradicionalmente, el enfoque en la participación democrática tiende a verse desde la mirada masculina de aquellos líderes comunitarios que han sobresalido entre sus pares y a través de quienes se ha posibilitado generar un sistema de democracia comunitaria activa, participativa y generacional. Sin embargo, creemos fielmente que es imperante partir de una mirada comprometida, humana e integral, una mirada que haya vivido y actuado sobre todos los aspectos claves que definen a una comunidad. En efecto, es necesario partir, en esta ocasión, desde la mirada de la mujer comunitaria para conocer y entender su rol en la comunidad, considerando las particularidades respecto a usos, costumbres y formas de vida, en su relación permanente de convivencia con la sociedad.

Creemos que solo a partir de esta visión se puede contar la historia que pocas veces se cuenta y que pocas veces se destaca; es decir, la historia de vida desde el espacio más íntimo de la comunidad y la familia desde donde empieza a ponerse en cuestión las realidades de racismo, discriminación y machismo.

Este libro refleja nuestro compromiso de asumir con responsabilidad un primer acercamiento al estudio de las formas de organización y participación comunitaria desde las mujeres diversas ecuatorianas. Estamos seguros que los testimonios de mujeres de base que presentamos a continuación tocarán sus corazones y nos comprometerán a seguir construyendo democracia desde, por y para la gente.

Juan Pablo Pozo Bahamonde
Presidente del Consejo Nacional Electoral

Prefacio

Este libro transparenta la realidad de la mujer rural en el Ecuador y evidencia la diversidad de aspectos, factores y escenarios en los que la participación de la mujer y su incidencia en organizaciones comunitarias es capaz de transformar el *status quo* de una sociedad.

Los textos, fruto de un trabajo etnográfico representativo en seis provincias del Ecuador, traen a la luz historias que sobrecogen, encantan y cautivan a lectoras y lectores curiosos de aprender o ver reflejadas las luchas diarias y cotidianas de mujeres, sus avatares, sus triunfos, sus experiencias de vida.

Parafraseando a Mahatma Gandhi: "Quien educa a un hombre educa a un individuo, pero quien educa a una mujer educa a un pueblo", este libro trasciende el rol de la educación *per-se*, propone una educación para participar, para acceder a la información y cambiar modelos patriarcales machistas, para coadyuvar a lógicas comunitarias inclusivas y solidarias.

Las vidas de estas mujeres reflejan ese desarrollo de identidades y sentidos de pertenencia, capaces de realizarse desde diversas facetas, como: madres, políticas, emprendedoras, presidentas, y demás responsabilidades que mantienen la convicción de servicio.

Este primer esfuerzo no pretende de forma alguna medir las consecuencias sobre la democracia co-

munitaria, ni cuantificar su contribución, sino por el contrario, promover el debate y las continuas interrogantes que sobre el tema pueden surgir entre quienes vivimos en este territorio y podemos aportar como sociedad en su conjunto.

La urdimbre social diversa y multicolor supone un entramado con matices en donde todas y todos, urbanas y rurales, indígenas y mestizas, somos capaces de construir desde la diversidad, resaltando los valiosos ejercicios comunitarios que desde la diferencia se pueden aprender.

Los espacios para aportar a una democracia comunitaria son materia de continua exploración, los retos y líneas a seguir para vivir ejercicios democráticos genuinos pasan por una construcción colectiva que nacieron con la semilla de la participación, pasando de ser simples observadores de los procesos a actores con decisión y poder de transformación, en donde los límites son solo mentales.

Ana Marcela Paredes Encalada

Esta obra es el resultado de una investigación que busca conocer, entender y analizar los mecanismos reales y simbólicos que promueven la organización y la participación comunitaria en el Ecuador. Para esto, y como primer paso, se decidió emprender este desafío introduciéndonos a la realidad cotidiana de un actor clave del sistema democrático, la mujer, para poder comprender el estado actual de los roles sociales y comunitarios que se manifiestan en las comunidades rurales del Ecuador.

Para lograr este objetivo, el Instituto de la Democracia en el marco del convenio interinstitucional con la Asociación de Mujeres de las Juntas Parroquiales del Ecuador, Amjupre, solicitó a esta organización su colaboración para identificar los nombres de las mujeres líderes que formarían parte de este proyecto. La selección final reunió a seis mujeres de las provincias de Azuay, Bolívar, Esmeraldas, Manabí, Pastaza y Sucumbíos, considerando de esta manera una representación equitativa entre Costa, Sierra y Oriente.

El proyecto consistió en aplicar la etnografía como método de investigación, ya que este permite observar de cerca las formas de organización y participación comunitaria, y además, permite interactuar con las comunidades para poder contrastar lo que los sujetos dicen con lo que en efecto hacen.

El proyecto además seleccionó a siete mujeres escritoras quienes transcribieron los testimonios de vida de las mujeres en estudio y seis mujeres fotógrafas quienes documentaron desde sus fotografías, su quehacer y su entorno. En total, el proyecto reunió a diecinueve mujeres agueridas de todas las regiones del país.

Durante dos meses, el equipo de investigación del Instituto se trasladó a las locaciones junto con las escritoras y las fotógrafas para obtener la información requerida. A partir de entrevistas semiestructuradas las cuales tuvieron como finalidad conocer cómo y para qué se activan las formas de organización y participación comunitaria, desde la vivencia de las mujeres rurales en estudio.

Entre los principales mecanismos de organización y participación comunitaria se encontraron comunes denominadores muy presentes en todos los testimonios. Todos ellos, más allá de constituirse como condicionantes para garantizar organización y participación, se consolidan como elementos claves que advierten gestión y acción comunitaria; estos son: 1) el lenguaje y el diálogo; 2) la sororidad; 3) la solidaridad; y 4) la reciprocidad.

El lenguaje y el diálogo

Tanto el lenguaje como el diálogo, han sido dos de los instrumentos más representativos de nuestros pueblos y nacionalidades. De aquí, parte la herencia ancestral de nuestras comunidades ya que a partir de estos se transmite la cultura y las tradiciones que forman parte distintiva de nuestro Ecuador. En el caso de nuestra muestra, se observó cómo el diálogo entre pares y el lenguaje –el kichwa en muchos de los casos– influyen al momento de conformar acciones en favor de la comunidad. Sin ellos, ninguno de los objetivos trazados pudo haberse realizado. En otras palabras, a través del lenguaje y del diálogo se constituyen habilidades sociales, responsables de las capacidades de negociación, cooperación y empatía; las habilidades cognitivas que incluyen la solución de pro-

blemas, la toma de decisiones y la comprensión de consecuencias; y las habilidades para enfrentar emociones como el control de los sentimientos y la capacidad para el auto-control.

La sororidad

La sororidad se deriva de la hermandad entre mujeres, el percibirse como iguales que pueden aliarse, compartir y, sobre todo, cambiar su realidad debido a que todas, de diversas maneras, han experimentado la opresión. Para esta investigación, la sororidad es quizás el elemento por el cual todas las mujeres sintieron su razón de participar y organizarse. Es un elemento muy propio de las mujeres que trasciende fronteras. Las francesas llaman a esta nueva relación entre las mujeres *sororité*, del latín *sor*, cuyo significado es hermana. En italiano se lo conoce por *sororità*, y en inglés lo llaman *sisterhood*. Sin embargo, la acepción para esos vocablos es la misma: amistad entre mujeres diferentes y pares, cómplices que se proponen trabajar, crear y convencer, que se encuentran y reconocen en el feminismo, para vivir la vida con un sentido profundamente libertario.

La solidaridad

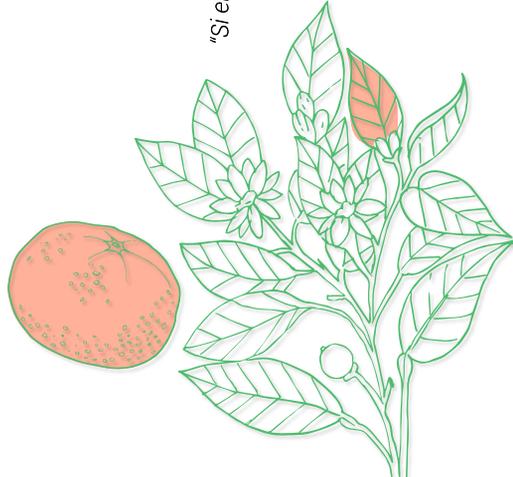
La solidaridad en el marco de la corriente de pensamiento conocida como comunitarismo nos invita a entender la democracia no solo desde lo procedimental sino también como la construcción cotidiana de mecanismos reales y simbólicos, expresados a través de actitudes y hábitos, permiten hacer trámite creativo de la diversidad, de la complejidad de intereses y conflictos que transitan por

la trama social de las comunidades contemporáneas. De hecho, el comunitarismo apela a la solidaridad como el liberalismo los hace a la libertad. La solidaridad por lo tanto, representa un elemento fundamental que nos ayuda a entender cómo las mujeres rurales, en situación de adversidad social y económica, puede gestar actitudes solidarias para con propios y extraños. Nuestros seis casos así lo manifiestan.

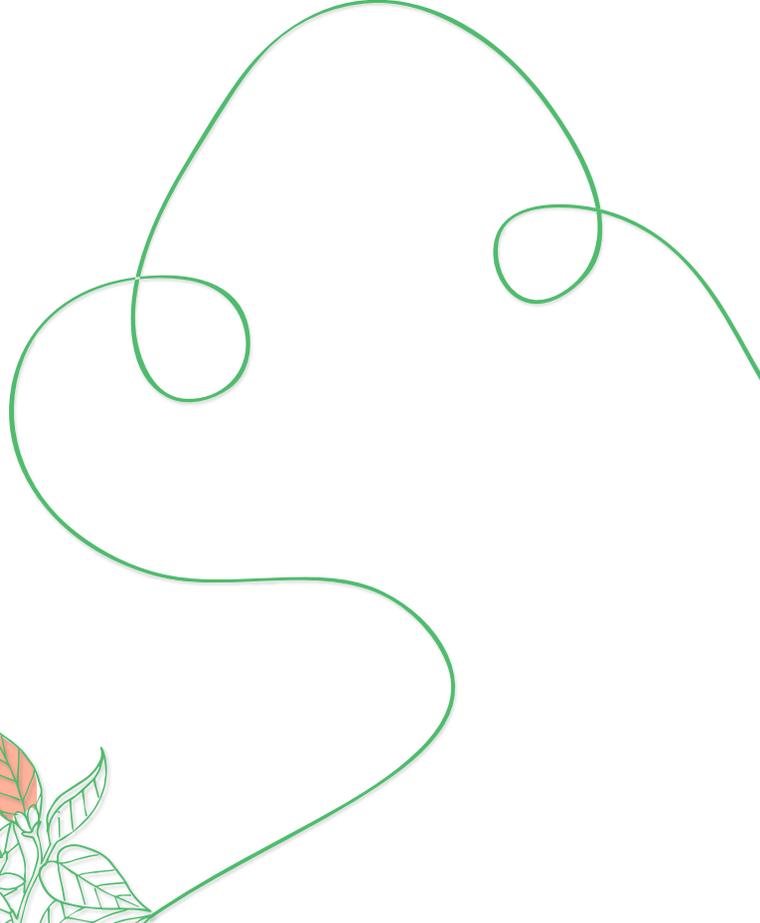
La reciprocidad

Desde la mirada antropológica, el concepto de democracia comunitaria supera la designación tradicional de autoridades. Este concepto se vincula a otras expresiones colectivas pautadas de acuerdo a usos, costumbres y códigos tradicionales; la reciprocidad es una de ellas. La minga es una forma de reciprocidad muy presente en los pueblos y nacionalidades indígenas del Ecuador y en los testimonios de este libro, *la minga* representa un pilar inalienable de los modos de vida de las mujeres en estudio. La teoría social observa a la reciprocidad como acciones colectivas pautadas culturalmente en torno a decisiones grupales.

A continuación presentamos la evidencia, transcrita literariamente y documentada fotográficamente.



"Si el sol está dentro de ti, no importa que afuera esté oscuro".





SOLIDARIDAD Y BIEN COMÚN

ZOILA BERMELLO

Texto: Marcela Noriega
Fotos: Romina Ycaza

Zoila proviene de una
casta femenina que se ha
forjado con todo en contra.

Zoila Judith nació el 23 de agosto de 1978 en la parroquia San Plácido, que pertenece al cantón Portoviejo y está formada por 39 comunidades, o sitios. Comprende desde La Mocerita, la tierra de los bizcochuelos tostados, hasta El Progreso. Esta es tierra verde, exuberante, como si fuera un rincón selvático en el que es posible respirar aire puro y parar para tomar un baño en un riachuelo. La gente de estos lugares vive con las puertas abiertas y siempre tiene algo que ofrecer. En sus fincas crían ganado, y producen cítricos: mandarinas, limones, naranjas. En esta parroquia viven alrededor de tres mil personas, entre ellos los Bermello-Zorrilla.

La siguiente comunidad, después de El Progreso, se llama San Sebastián: es un sitio comercial y agrícola que pertenece al cantón Pichincha. Zoila suele visitarlos, así como al resto de comunidades. Les lleva talleres en los que les habla sobre todo tipo de temas: democracia, autoestima, tipos de violencia, organización comunitaria, sexualidad, tecnología. Lo que haga falta.



La participación comunitaria de la mujer se posiciona en ascenso en los sectores rurales de Manabí.



Fotos familiares del matrimonio Bermello-Zorilla.



Dictar talleres sobre democracia en la voz de una mujer en tierras de predominio masculino no es tarea fácil.

Unas veinticinco personas de San Sebastián la escuchan atentos. Zoila les habla sobre Matilde Hidalgo de Procel, la primera mujer ecuatoriana en graduarse de médico, la primera mujer en votar en América y la primera mujer en ser candidata a un cargo de elección popular. Les cuenta su historia y la vuelve cercana.

-Antes de ella, las mujeres no teníamos la opción de salir de la casa ni de opinar. A ella la calificaban de bruja, el cura la hacía parar cuatro metros afuera de la iglesia. De la misma manera, a nosotras nos han dicho de todo. Yo también, como muchas mujeres, antes me quedaba callada, hasta que supe que tenía derechos. Reconocer-te como un ser que tiene derechos es la decisión que tú debes tomar para poder dar un paso hacia adelante, siempre y cuando no hagas daño a nadie. Hay que quitar de en medio la vergüenza, el miedo a hablar que todavía tienen las mujeres.

Cuando se termina el taller, Zoila les ofrece un almuerzo, que ha preparado Aleida, su madre.

Nos encaminamos a San Plácido en la camioneta de Gonzalo, el padre de Zoila, un hombre de sonrisa abierta que trabajó durante largos años en proveer de energía eléctrica a toda esta comunidad, el mismo trabajo que hoy realiza Carlos Mateus, el esposo de Zoila y el padre de sus hijos: Carlos, de quince años, y Laurita, de siete.

La casa de los Mateus-Bermello queda en una especie de colina.

Para llegar, hay que subir algunas escaleras. Los vecinos saludan a Zoila, todos saben quién es esta mujer de ojos achinados, formas sensuales y brazos gruesos como alas. Ella siempre trabajó para su parroquia. Era

la encargada de las obras públicas, del deporte y de la parte social. Sin embargo, su trabajo se empezó a hacer visible con fuerza a partir del 2005 cuando fue elegida vicepresidenta de la Junta Parroquial de San Plácido.

Por entonces, Zoila tenía veinticinco años.

Recuerda que uno de los desafíos que le tocó enfrentar fue la repartición de los productos del programa *Aliméntate Ecuador*. Ella sola debía encargarse de armar ochocientos combos de comida y luego repartirlos a madres, niños, personas con discapacidad y ancianos. Luego de meditar, se le ocurrió lo siguiente: llamaría a tres familias que estuvieran dentro del padrón. Les pediría envasar los ochocientos combos durante dos noches. A cambio, todos los paquetes de arroz, aceite, azúcar, que se fueran rompiendo, porque se rompían en el traer y llevar, serían de ellos.

Aceptaron.

Lo siguiente era resolver cómo repartir los combos. La entrega debía hacerse viernes, sábado y domingo. A Zoila se le ocurrió pedir ayuda a chicos del colegio. Consiguió que este trabajo fuese tomado en cuenta como parte de la materia Vinculación Social, les hizo dividir el padrón por secciones y en orden alfabético y, cuando llegaron los días de la repartición, también se encargó de pedir protección a la Policía. Y así fue como San Plácido fue la primera parroquia en organizarse. Llegaron los directivos del MIES y le pidieron a Zoila que organizara de la misma forma a las otras parroquias. Todas las juntas parroquiales de Manabí tomaron el mismo ejemplo. Así, la fueron conociendo en su provincia, y ella también se fue aventurando a ir más allá.



Zoila en uno de sus talleres.



Para Zoila, su guía espiritual tiene nombre y apellido: Sor Alba Inés González.

Por entonces, Zoila conoció a María Cristina López, quien la invitaría a Quito a su primera reunión con las mujeres de la Asociación de Juntas Parroquiales Rurales del Ecuador, AMJUPRE. Cuando se conocieron, María Cristina era presidenta del gobierno parroquial de Calceña, y también era vicepresidenta de AMJUPRE.

La invitación que le hizo a Zoila le cambió la vida.

-En el momento en que llegué fue una felicidad constatar que había otras mujeres iguales a mí. Todas mujeres rurales con las mismas necesidades, los mismos problemas. Éramos y somos hermanas todas. Luz es como nuestra madre. AMJUPRE es como ese manto protector, es nuestra casa. Allí nadie nos mira mal. Allí todas somos iguales. Si una se duerme, otra le presta la pierna para que duerma tranquila.

Pero no solo se sintió acompañada, sino que empezó un camino hacia su propia formación como maestra, comunicadora, puente. Se entrenó en el amor a ella misma, en cómo pararse y hablar en público, así como en temas sobre derechos, participación política, planes de gobierno, paridad, tipos de violencia, asuntos sobre los que dicta talleres no solo en Manabí, sino también en Esmeraldas, Tena, Puyo, Loja, Santa Elena, Santo Domingo y Guayaquil. A Zoila la han elegido por cuatro años para que integre el grupo asesor ante ONU Mujeres. Ecuador es el segundo país en formar este grupo asesor femenino que tiene como finalidad analizar las leyes de cada país para preservar que se respeten los derechos de las mujeres.

Zoila proviene de una casta femenina que se ha forjado con todo en contra. La madre de Zoila, Aleida, tuvo dos madres: una que la parió y otra que la crío. Eran hermanas. La madre de ellas, la bisabuela de Zoila, se llamaba Mercedes Menéndez García y fue madre soltera. Trabajaba para una familia rica de Portoviejo. La contrataban para tejer y bordar, cocinar y ayudar en un comercio que tenían. Ella bordaba almohadones, ajuares, cosas muy delicadas. Mercedes vivió hasta los 103 años. Cuando la familia rica decidió mudarse a Jipijapa, Ermelinda y Alicia, hijas de Mercedes, se fueron con ellos.

Aleida, la madre de Zoila, fue la tercera hija de Alicia. Alicia era muy buena artesana, era experta en fabricar colchones con lana de ceibo y tenía un taller en la parte baja de la casa. Alicia y Ermelinda aprendieron a leer y se afanaron para que sus hijas sí fueran a la escuela. Las que no se dedicaron a seguir el colegio, por lo menos aprendieron artesanía, algún oficio.

La madre de Zoila se casó a los 23 años con Gonzalo Bermello, que era de San Plácido.

Los padres de Gonzalo son Dalia y Marcilio: tuvieron catorce hijos.

-Mi abuelo desde muy joven trabajó para obras públicas, y mi abuela se dedicó a criar a sus hijos. Ella era como un caballo de carga, era hombre y mujer en la casa. Se iba a trabajar todo el día, arriba en ese cerro. Cogía café, picaba maní, cocinaba y, de bajada venía cortando guineo, yuca y se podía poner al hombro dos racimos de guineo o de plátano.

La vida en el campo era así:

Se levantaban a las cinco de la mañana. Los varones cargaban agua, dejaban leña recogida para cocinar, le daban de comer al burro. Se iban a la escuela. En las tardes, regresaban a hacer deberes rapidito y otra vez, antes de irse a la escuela (porque antes había dos turnos), recogían agua o lo que necesitaran.

Las niñas no lo tenían más fácil. Cuando regresaban de la escuela en la noche, ellas tenían que lavar, ayudar a cocinar, a limpiar el horno de leña. Todo era muy estricto. No podían salir de casa. A todas les ponían los mismos vestidos y zapatos. Fueron niñas que se pasaron la vida criando niños: primero sus hermanitos y luego sus propios hijos.

Zoila empezó pronto su viaje como mujer. Menstruó la primera vez cuando tenía nueve años. Ella lo recuerda como algo traumático, porque, a pesar de que era grande de cuerpo -a los ocho años ya se veía como una señorita-, era muy pequeña de edad.

Estudió en la escuela de monjas Santa Magdalena. La primera vez que se rebeló fue en primer curso. A ella le gustaba dibujar y la profesora de Ciencias Naturales la obligaba a cortar y pegar, anulando su imaginación. Zoila dibujaba a los vertebrados y a los invertebrados y la profesora se los tachaba. Zoila no se detenía. La profesora la llamó malcriada y Zoila la llamó bruja.

Esto dio pie a que otras compañeras también reclamaran y a que Zoila le pusieran la etiqueta de peligrosa. A los quince años, sus padres la enviaron a estudiar a Guayaquil en la Academia Naval. Zoila pasó de un colegio de monjas en el que todo era rezos, a uno militar en el que todo era marcha.

Apenas tenía dos meses en la ciudad, cuando empezó la tortura. Zoila viaja al momento en que, con todo el colegio delante, más de quinientas alumnas formadas, un oficial la hace pasar a ella y a dos compañeras más al frente. El oficial les dice que le canten el Himno a Guayaquil.

Zoila no se sabe el Himno a Guayaquil, solo se sabe el Himno a Manabí. Ella le dice que no es justo lo que le pide.

-Si usted es tan sabido, cánteme el Himno a Manabí.

La castigan y esta escena propicia el inicio del martirio.

A Zoila no le preocupa que la llamen *montubia*, al contrario, ella se declara montubia siempre. Pero sus compañeras se lo dicen de manera despectiva. Le dicen *manaba pata al suelo, machetera*. La humillan delante de todos. Su cabello es largo, ella hace un esfuerzo para poderlo meter en la boina. Las chicas le sacan la boina, le revuelven el pelo. Un día Zoila se cansa. Salían al recreo y una chica le haló la boina y empezó a insultarla. Zoila se le lanzó encima, la agarró de los pelos, se fueron escalera abajo, la arañó. Las agarraron y las metieron a las dos de cabeza en un balde de agua sucia.

-La madre de la niña era una señora muy encopetada. Me dijo que yo era una salvaje. Entonces, yo le dije: *si su hija está como está es porque fue mal educada. A mí en mi campo, en mi monte, donde yo vivo me enseñaron a respetar a los demás. Pero también me enseñaron a defenderme.*

Este incidente dio paso para que fueran orientadores y psicólogos a la Academia para enseñar a los profesores/as y alumnos/as que todos somos iguales, indistintamente del lugar donde hayamos nacido. Incluso cambiaron el lema de la Academia.

-Dijeron que ahora el lema era *respetar para que respeten, cuando antes tenía que ver con la fuerza.*



San Plácido se nutre de ríos y esteros que refrescan a la comunidad.



Los Bermello-Zorilla durante el desayuno.

Esta tarde, Zoila vuelve a su antigua escuela en San Plácido, recorre sus pasillos, aulas y patios interiores. La Unidad Educativa Santa Magdalena es uno de los cinco colegios que la congregación de las hermanas oblatas de San Francisco de Sales tiene en Manabí. Las cosas han cambiado y ya no hay ningún rencor hacia las monjas. Mucho menos cuando aparece sor Alba Inés González, la guía espiritual de Zoila, a quien llama *mi otra madre*.

-Ella siempre me descubre si estoy triste, a ella no le puedo mentir.

Sor Alba Inés nos lleva a sus jardines. Nos ofrece galletas y cola, nos deja jugar con su cachorro blanco y nos invita a entrar a su casa de muñecas, que está muy bien arreglada. En ella, unas cincuenta muñecas de todos los tamaños, ojos, cuerpos y colores.

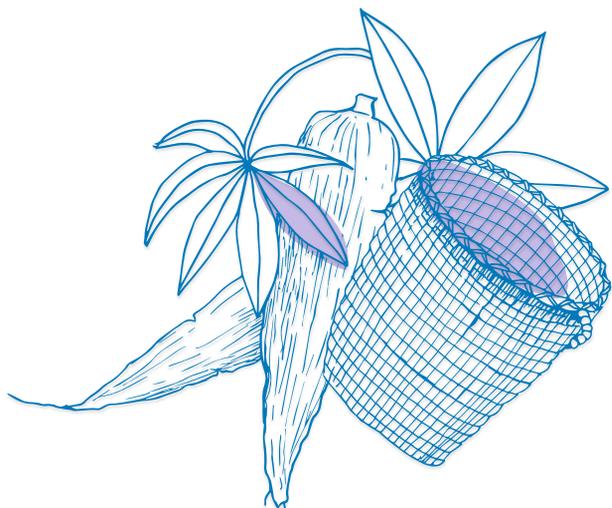
Sor Alba Inés es colombiana, de Medellín, y vive en Ecuador hace dieciséis años. Solo hay amor en su mirada y en sus palabras cuando habla de Zoila:

- Ella es una persona llena de alegría, de amor, de conocimiento. Es una mujer que no se le desmaya a nada, que si le dicen: *flaca, coma tierra*, ella come tierra, siempre y cuando esto sea por el bien de los demás.

Está por caer el sol en San Plácido.

Sor Alba Inés debe seguir con los quehaceres. Sus palabras de despedida nos acompañan en el camino de regreso a casa:

-Si el sol está dentro de ti, no importa que afuera esté oscuro.



*Esta es la vida
un día mil muriendo
un día mil naciendo
mil muriendo
mil naciendo*

Dolores Cacauango.



**"CAMINANDO
JUNTAS"**

LIDIA MAMALLACTA

Textos: Fátima Cárdenas
Fotos: Soledad Rosales

“Lo que hace Lidia
es verdadera alquimia,
magia, milagro”.

Ha llovido largo y tendido, el cielo parece haberse mojado tanto que ya no da la hora. Pese a la tormenta, los pájaros cantan escondidos bajo alguna rama que los protege del aguacero. Por las ventanas se ve un amanecer aún tierno, aún cocinándose, avanzando entre la penumbra a un paso lento, muy lento. El ambiente huele a tierra mojada y el silencio se acompasa con el trino de las aves. Todos duermen en el Kilómetro 5 de la vía a Misahuallí. Todos menos Lidia Mamallacta.

Ella tiene la hora y la experiencia impregnada en el cuerpo. Cada día, desde que su memoria le alcanza para recordar, abre los ojos a las cuatro y media de la mañana. Ella es como esos árboles altos y rudos que permanecen firmes bajo el sol y el agua.

Veinticinco personas entre hijos, hijas, nietos y nietas, desayunan gracias a ella, es por eso que Lidia está en pie desde tan temprano. Pero si cocinar para su pequeño ejército es ya una gran tarea, hacer que la comida alcance, es toda una proeza.

Lo que hace Lidia es verdadera alquimia, magia, milagro: empieza revisando los costales de arroz, los huevos, el aceite. Con la seriedad de quien hace una ecuación en la que se juega la vida, empieza a ajustar porciones y a lograr que las compras que ha hecho su esposo, encargado de llevar el pan a casa, alcancen lo programado: quince días, que se vuelven una eternidad cuando el arroz y el aceite se agotan antes de lo previsto.



La chacra simboliza organización, sentido de pertenencia, orgullo y la conexión con la madre tierra.



Una de las habitaciones de la casa de Lidia.



Lidia junto a su hija y nietos.



Asopalman es una asociación de mujeres kichwas que busca llevar los productos de las chacras a la ciudad del Tena.

Lidia Mamallacta Alvarado tiene cuarenta y nueve años, once hijos y diez nietos. Nació en Quilluyacu, una comunidad rural que está de camino a Misahuallí y tiene un nombre con una historia fantástica, como todo en los alrededores:

-Nuestros antepasados llamaron así a este lugar porque dicen que antes había cerca un río en el que flotaban unas flores amarillas. Y eso quiere decir Quilluyacu en español: *río amarillo*.

Lidia -quien habla kichwa y español- es la presidenta de la comunidad de Quilluyacu. Hace tres meses mataron al presidente y ella, que era la segunda al mando, dio un paso al frente y se hizo cargo de la dirigencia.

No es la primera vez que esta mujer de piel curtida por la vida está en un cargo similar. Lidia ya fue presidenta de Quilluyacu hace siete años y ahora es la cabeza de Asopalman, una Asociación que reúne a más de mil mujeres que, como ella, siembran plátano y yuca, productos que luego venden en las veredas cercanas al mercado de Tena. Su sueño es lograr que se construyan tres mercados que permitan que sus compañeras dejen las calles y se instalen en un puesto lejos de la intemperie. Mientras esto sucede, Asopalman tiene ya una organización y un estatuto que está por aprobarse.

Las mañanas en las que Lidia no está haciendo el desayuno para su frondosa familia, está preparando los productos que, dos veces a la semana, sale a vender con sus compañeras, siempre en los mismos lugares, siempre con los mismos obstáculos:

-Nos hemos dividido en grupos, cada uno tiene su coordinadora que se encarga de informarme si hay algún pro-

blema o algún tema para llamar a reunión. El día anterior a la venta vamos a la chacra, recogemos los productos y los sacamos a la casa. En la madrugada, a las tres de la mañana, pagamos un flete que por cinco o diez dólares – depende de cuánto embarquemos- nos lleva al Tena.

Lidia conoce cada resquicio del trabajo duro. Para ella las dificultades son cosa del día a día y está acostumbrada a pasarles por encima.

-¿Siempre fue así?

-No.

Lidia responde con la mirada anclada en un pasado en el que hay dolor y también mucha tenacidad: estudió la escuela y luego fue a un taller artesanal. Después, más por obligación que por voluntad propia, se casó. Ella quería estudiar, trabajar la tierra para tener su plata y no depender del bolsillo de un marido.

En Quilluyacu, cuarenta años atrás, las aspiraciones de Lidia eran una afrenta, una locura.

Las mujeres tenían que casarse, tener hijos y dedicarse a ellos y al marido. Entonces esa mujer que domesticaba la tierra y trepaba árboles de veinte metros para alcanzar naranjas y chirimoyas, terminó haciendo lo que su comunidad y la tradición le dispusieron.

-Mi esposo fue a la pedida cuando yo tenía catorce años. Pero me caí del bus y me pegué la pierna derecha contra unas rocas. No caminé dos años.

A los dieciséis, gracias a la habilidad de un sobador, Lidia volvió a sostenerse sobre sus piernas y ante el juez civil y el cura de la iglesia aceptó a Rómulo Prudencio Tapi Grefa. Con los años llegaron los hijos, seguiditos, y un desengaño, cuando nació el séptimo de los Tapi Mamallacta.

Lidia se dio de frente contra la que ella considera la experiencia más dura de su vida. Pero su astucia se impuso a la tristeza y aprovechó la rabia para empezar un camino de liberación personal que aún hoy recorre con la misma dificultad de cuando empezó a andarlo.

-Mi marido me traicionó. Yo me paré duro y dije que en adelante él no me iba a dar órdenes, porque antes yo escuchaba lo que él me decía, le pedía permiso para ir a cualquier lado, pero desde eso yo empecé a decidir por mí. La traición es terrible, es como que tenía un puñal metido aquí (se señala el pecho) que no me dejaba respirar. Yo me levanté y le dije a mi marido que lo único que quería era una cosa que para él sería difícil de aceptar. *Él me dijo, hija, pídamelo lo que tú quieras*, y yo le dije que no me iba a aceptar porque iba a ser duro para él también.

Pero lo hizo.

Rómulo aceptó la condición: su mujer empezaría a estudiar el bachillerato. Pero eso no fue todo. Lidia Mamallacta aprendió a estrangular el dolor a punta de retos que iban todos en una misma dirección: su liberación definitiva.

Al terminar sexto curso, se inscribió en el Secap, siguió un taller de belleza, fue maestra y luego directora de un centro artesanal de la zona. Cada paso que daba era un triunfo sobre los prejuicios de su comunidad, de su marido y de su propia familia.

Admite que hubo momentos duros, como cuando para terminar sus estudios, debió pasar las noches en Tena, lejos de sus hijos que siguieron llegando, hasta completar once.

-Fue un sacrificio muy grande salir de la familia.

La voz con la que repite esta frase es tan honda que no alcanza para describir la magnitud de su desprendimiento.



Minutos previos a la reunión con las mujeres de la comunidad.



Los productos que no se vendieron regresan a casa para retornar al día siguiente.

en los trancones de la
vida ha aprendido
que la victoria no
llega sin pelea.

Lidia es una mujer bajita, que va a la chacra arrastrando una de sus piernas, aquella que el bus golpeó cuando tenía catorce años. Las pastillas, que toma religiosamente calman el dolor que persiste pese a la cirugía a la que se sometió en noviembre de 2013. Sin embargo, esa libertad que le costó tan caro la impulsa y moviliza. Las convocatorias a las reuniones de la Asociación, los viajes al Tena para vender sus productos, los conflictos de las hijas, los enredos de los parientes. Todo cabe en su capacidad de acción.

-Ella pone la pata y se hace respetar, aunque aquí no la quieren. Pero ella denunció a los asesinos del alcalde, y ha sido ella la que ha solucionado problemas como violaciones, abusos de mujeres.

Habla María Alvarado, su madre, para quien su hija es una luchadora en la que se cumple aquello de que nadie es profeta en su tierra. Lidia lo reconoce y lo asume sin que el desdén de sus vecinas le haga bajar la guardia.

Pareciera que para ella el trabajo no tiene que ver con la simpatía que despierte en las mujeres de su entorno. Para comprobarlo basta detenerse en un episodio. Lidia Mamallacta, presidenta de la comunidad de Quilluyacu, fue de casa en casa para convocar a una reunión, esperó pero nadie llegó. Entonces, con el ceño fruncido y un discurso en kichwa que sonaba enérgico, canceló el acto y atravesó la carretera para volver a su casa.

Sin embargo, esta mujer que se considera kichwa, pese a ser mestiza (de madre esmeraldeña y padre kichwa) está demasiado curtida en los avatares de la vida como para lamentarse por la parsimonia de sus vecinas y vecinos. Su lucha es inefable, casi misional pero es tan suya que no está dispuesta a ceder. ¿Qué es el desdén de una comunidad de compañeras que piden permiso a sus maridos hasta para ir a la tienda, frente a la sagacidad de una mujer que un día se rescató a sí misma y hoy se empeña en salvar incluso a quienes parecen querer ahogarse?



La yuca es sinónimo de trabajo y dedicación.



Minga comunitaria en la comunidad de Quillullacu.



La comunidad de Quillullacu durante la misa de domingo.



Lidia tiene un discurso que parte de su experiencia personal, porque en los trancones de la vida ha aprendido que la victoria no llega sin pelea.

-A mí nadie me sacó, yo sola salí, yo sola me levanté. Eso es lo que las compañeras tienen que aprender.

Estas palabras las repite en las reuniones mensuales con su grupo de Asopalman, y se las dice a sí misma cuando los comentarios de los vecinos y los familiares tachan a su marido de *mandarina*, de mandado. Sucede que Lidia viaja con frecuencia dentro y fuera de Tena, sale muy temprano y llega en la noche a casa, a veces no duerme en Quilluyacu porque tuvo un congreso o una asamblea de mujeres que duró varios días.

Ella no pide permiso.

Punto de venta de Asopalman en las veredas de la ciudad del Tena.

El liderazgo de Lidia es sobre el día a día, su lucha es desde una realidad que está empeñada a cambiar a como dé lugar. Pero ser lideresa es solo uno de sus muchos trabajos diarios.

Sí, alzó la voz. Sí, se empoderó. Sí, estudió. Pero sigue preocupada de que cada miembro de su familia meriende, continúa majando la chucuzuela (colada de maduro) para su hijo el mayor. Aún cuida de sus hijas con el mismo celo que cuando eran apenas unas niñas, aunque la primera de ellas tiene más de treinta años.

Nueve de los once hijos de Lidia viven bajo su techo, el mismo techo que, en 2009, fue quemado por uno de sus yernos que en un ataque de borrachera le prendió fuego a la casa con todos adentro.

-Mis nietos gritaban por sus zapatitos y sus uniformes que estaban recién comprados. Yo solo pensaba en salvar lo humano, porque lo material se vuelve a tener.

Lidia no solo reconstruyó la casa, sino que ahora su marido consiguió un préstamo para levantar una losa. Ella ayudó a comprar algunos bloques, pero no sabe nada de la obra.

-Él no se mete en mis asuntos y yo no me meto en los de él. Lucho cada día para que así sea.

En el mundo kichwa, una constante entre las mujeres que, como Lidia, levantan la voz frente a las injusticias y la desigualdad, es la incompreensión de sus familias y la oposición de los hijos que se quejan del abandono de sus madres. En el caso de Lidia, como en el de otras dirigentes, sus ocupaciones y aspiraciones políticas conviven estrechamente con sus quehaceres de casa, con su rol de abuelas, con su trabajo en la tierra.

Los senderos que Lidia Mamallacta ha debido recorrer han sido difíciles, pero la vida en Quilluyacu y sus alrededores no es sencilla para ninguna mujer. Menos para aquellas que cuatro décadas atrás se veían obligadas a tomar esposos que no conocían y a los que daban el sí en el altar, muy a pesar de sus verdaderos anhelos.

Bertha Cerda lo sabe y en la soledad de su chacra llora a un pasado del que aún reniega.

-Tuve que casarme porque mis papás con golpes y gritos me trajeron a esta casa donde vivía el que –según ellos- tenía que ser mi marido. Yo no quería casarme: quería estudiar, ser alguien.

Ella es una de las coordinadoras de Asopalman y una de las amigas y confidentes de Lidia.

-Con ella y otra amiga de Tena es con las que más camino.

Caminar en el mundo kichwa es sinónimo de llevarse bien, de compaginarse.

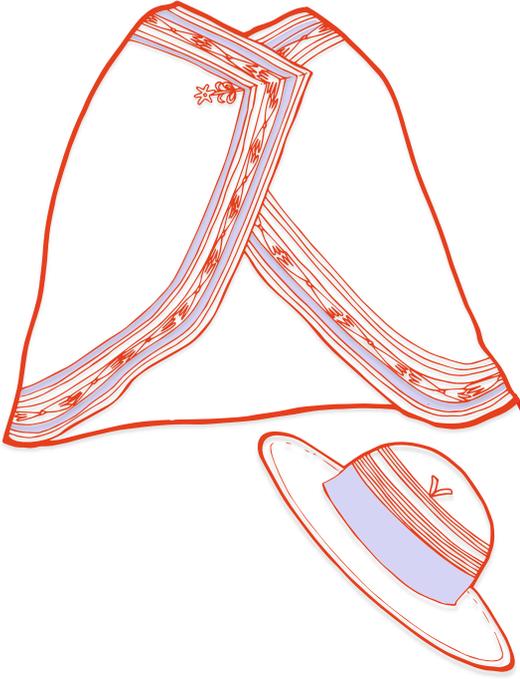
Lidia y Bertha son camaradas, de esas que se hacen en la chacra, donde las mujeres de la zona se quitan el dolor del cuerpo agitando el machete sobre la maleza, o en la ciudad, donde se turnan para tocar puertas que al abrirse les ayudan a librar sus batallas cotidianas.

-Las mujeres kichwas no pueden salir porque no pueden defenderse por falta de socialización, de recibir talleres. Las personas de la comunidad dicen que ando haciendo lo que no debo, pero yo no como de ellos: yo vivo a base de mi trabajo.

Son las últimas frases de Lidia que se despide de Bertha y camina a su casa con la noche ya pisándole los talones.



Hay unos minutos en la noche donde Lidia toma un descanso para ver la televisión.



"Ella es una especie de cazadora del agua"



**PALABRA,
DIALOGO
Y ACCIÓN**

FRANCISCA CHIMBO

Texto: Soraya Constante
Fotos: Pilar Cáceres

Su pelo largo recogido en una trenza, su falda de paño oscuro, su rebozo rojo, el sombrero blanco de lana prensada y sus zapatos Reebok siguen el rastro del agua en la provincia de Bolívar.

Esta mujer kichwa se ha convertido en una especie de cazadora del agua y aunque ella vive en el centro de Guaranda se ha empeñado en conseguir que las tierras de cultivo dejen de depender de la lluvia y se humedezcan con el líquido que llevan los canales de riego a los campos de su provincia. Ahora se concentra en Illagua Canllushi, comunidad donde fue lideresa durante quince años y en donde junto con sus vecinas y vecinos construyeron una carretera, un puente, una escuela, una capilla y llevaron el agua a la comunidad. Ahora, hace poco más de un año ayudó a instalar una red de mangueras para traer el agua de un afluente cercano.

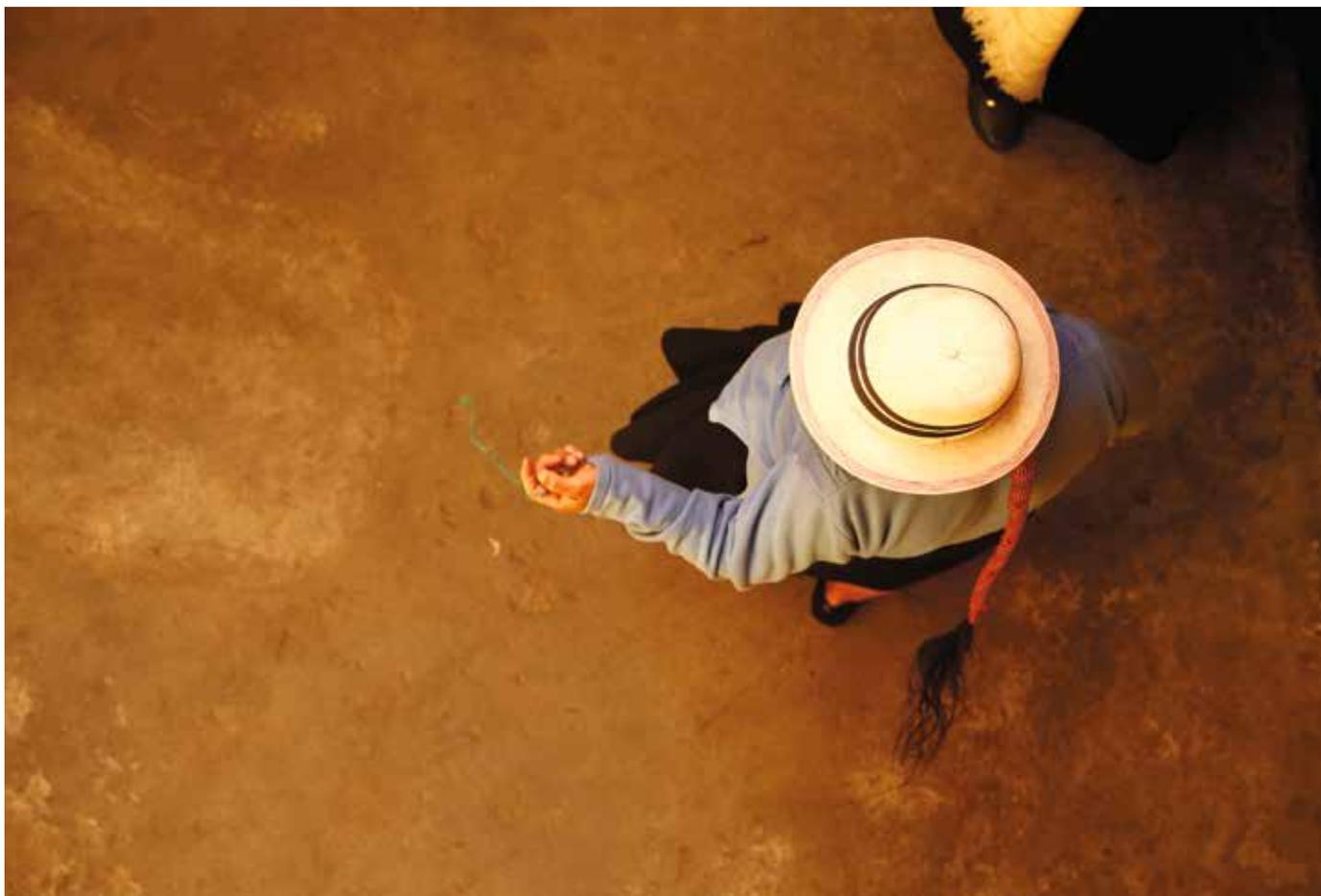
Nada de esto sale de la boca de esta indígena de cuarenta y ocho años, que es más bien reservada. Una de sus hijas, Laura ha compartido con nosotras una minibiografía de su madre y en ella cuenta que guarda en el fondo de un armario las placas de agradecimiento y las fotos que dan cuenta de su labor. También dice que el nombre de Francisca está grabado en el puente que une a Illagua Canllushi con la carretera principal y que permite que los vehículos entren a la comunidad y se ocupen de la cosecha, los materiales de construcción, los víveres: todo lo que los moradores antes cargaban sobre sus espaldas.



Francisca alimenta a sus animales como parte de su rutina diaria.



Desayuno a tempranas horas de la mañana.



Francisca recorre la ciudad de Guaranda antes de dirigirse a su comunidad.





Cuando conocemos a Francisca, un sábado de madrugada, la acompañamos al campo porque tiene que convocar a una minga comunitaria para adecentar el camino de herradura de Illagua que suele desaparecer con las primeras lluvias de invierno. Sorprende con un paso ligero imposible de seguir, más aún en la ladera de cultivos que solo ofrece estrechos senderos para el caminante.

-Comadre, dará avisando que mañana hay reunión por la carreterita.

Se escucha el grito de Francisca desde el primer portal que se encuentra.

-La Francisca es como el correo.

La mujer que recibe el recado resume, sonríe.

Francisca corre para ganarle la partida al reloj también para espantar al frío. Antes de aclarar el día debe alimentar a los cuyes que cría en una vieja casa de adobe que le heredaron sus suegros, vigilar el sistema de riego y retornar a la ciudad para preparar el desayuno a su familia.

Todo lo hace sin pausa, sin fatigarse. Carga las yerbas para los cuyes, las deja en la casa de adobe, saluda a sus vecinos, avisa de la reunión y va a su siguiente tarea. Ahora que conocemos parte de su rutina tiene más lógica que lleve esas zapatillas Reebok, aunque desentonen con el resto de su indumentaria.

Cuando llega a los aspersores de agua, descubre que han perdido fuerza y empieza a revisar palmo a palmo las mangueras, baja a la toma de agua, que está en el fondo de una quebrada, y vuelve a subir. Pronto descubre que un árbol de eucalipto ha sido derribado y ha aplastado una manguera.

Habla como para sí misma:

-Si hubiera sabido, habría traído un machete. Toca convocar a una minga para arreglar eso.

Mientras la vemos correr, preguntarse, responderse y mojarse, entiendo que es de esas personas que llega al fondo de los problemas y que involucra a todos en la solución. La palabra *minga* es clave para esta mujer: así es como ha construido todo a su alrededor.

La Francisca de ciudad lleva el mismo atuendo que usa en el campo, excepto por los Reebok que reemplaza por unos zapatos negros de suela. Ahora las ágiles son sus manos, que preparan la colada con Hierba Luisa para desayunar, el jugo, los huevos... La familia pronto llena la mesa, los primeros son sus tres nietos empijamados y somnolientos. Luego se sientan Luis, su esposo, que hoy no va a la escuela de Echandía donde da clases, e Hilda, su hija menor, que aún vive con sus padres.

Francisca desayuna al último, como asegurándose que todos coman suficiente, aunque su ración sea mínima. Tras el desayuno todo vuelve a moverse: sus nietos pasan de la mesa al frente del televisor, Hilda recoge la mesa, Luis vuelve a sumergirse en las listas de asistencia de sus alumnos y Francisca va al local de ropa que tienen en los bajos de su casa.

La vemos levantar la puerta Lanfor, barrer el local, la vereda y la cuadra entera. Luego se sienta en el umbral de la puerta para aprovechar el sol de la mañana y llamar a los clientes. Es sábado de feria y el centro de Guaranda está lleno de gente. Muchos de los transeúntes la saludan. Ella es afectuosa:

-Buenos días compita.

La gente le invita a sus reuniones, le pide consejo, le pregunta por los canales de riego... Ella habla con ese fantástico gerundio de los kichwa -hablantes que da la sensación de que siempre están en movimiento.



El lenguaje y el diálogo se constituyen como dos de los mecanismos de participación y organización comunitaria de las mujeres rurales.



Francisca se conecta a Skype para hablar con su hijo.

-Yo les vengo diciendo hace tiempo que se organicen.

Hilda la ayuda en el local, muestra a las clientas las blusas bordadas que traen de Otavalo, los rebozos de color rojo chillón... La joven fue madre a los catorce años, pero sigue estudiando por el impulso de su madre, que quiere que siga el ejemplo de sus dos hermanos mayores que ya están con las maestrías: Laura, madre de los otros dos niños de la casa, estudia en Riobamba y Manuel en Buenos Aires.

Ahora que ha salido el tema de Manuel aparece un atisbo de tristeza en el rostro de Francisca. El joven de veintiocho años lleva seis meses lejos de casa y, aunque todos los días charlan por Skype, ella lo extraña. Además, le pesa que su hijo sufra discriminación en Argentina. Hace poco le contó que no pudo dejar la ropa en una lavandería cercana porque le dijeron que allí no atienden a *bolivianos*.

Francisca deja el local al mediodía y va a atender a todos los que se sientan en su mesa. Hoy hay dos invitadas, nosotras, que dejamos de preguntar para responder preguntas. ¿Dónde viven? ¿Qué hacen? ¿Ya conocían Guaranda? ¿Han venido al carnaval? Pregunta, sobre todo, el esposo de Francisca que hasta esta hora ha estado entretenido con sus listas de asistencia, exámenes y deberes de sus alumnos.

La cocina de Francisca es pequeña, pero está equipada con un fogón industrial que le ayuda a preparar los alimentos en menos tiempo. Hoy prepara una sopa de haba, mote, tostado y carne de cerdo.

Avanza el día y Francisca sigue siendo la protagonista de todo. Va a la feria a comprar algo de carne y fruta

para su casa, también va la ferretería para comprar algo que le permita arreglar la manguera dañada en la comunidad. Incluso se pone al teléfono para retar al padre del hijo de Hilda, que lleva meses desaparecido, y ahora llama para decir que pasará a recoger al niño para llevarlo una fiesta infantil.

Su esposo es más silencioso y siempre espera que Francisca resuelva todo. Pero ella dice que todo lo han hecho en *igualdad*, durante más de treinta años. Luego algo de contradicción: *en ver la casita* ella siempre ha sido la encargada.

Un cortocircuito al final del día pone a prueba a los esposos, Francisca dice que lo arreglará mañana, pero su esposo quiere demostrar que aún puede cuidar de los suyos y trabaja cuando todos se han ido a dormir.

Al día siguiente hay luz.

Francisca se casó con dieciocho años y dejó la comunidad de El Rayo, donde aún viven sus padres. Aceptó ir a la ciudad de Guaranda con su esposo, pero con la condición de que le dejara terminar la secundaria. Él tenía treinta y dos años cuando se casó con Francisca y cumplió su palabra, además la apoyó para que sacara una licenciatura como educadora de párvulos. Ambos estudiaron todo lo que quisieron, pero se iban turnando: mientras ella estudiaba, él trabajaba y cuando él estudiaba, ella buscaba la forma de ganar dinero.

-Yo de todo: agricultura, comerciante, ama de casa... de todo se ha hecho.

Francisca no tiene ni una arruga ni señal de fatiga en su rostro, aunque una pequeña joroba en su espalda es



La minga representa la reciprocidad comunitaria en donde acciones colectivas se juntan para construir el bien común.



Francisca se recoge junto a sus nietos para dedicarles tiempo y regalarles amor.



La organización de las mujeres de Illagua Canllushi ha resultado en recursos en favor de la comunidad.

-Yo les vengo diciendo
hace tiempo que
se organicen.

la prueba del trabajo duro que ha hecho en su vida. La conversación transcurre en aquella comunidad donde Francisca trabajó durante quince años. Es domingo, día de la convocatoria. Llegamos por la carretera y el puente que existen gracias al ejercicio de esta mujer de golpear puertas y puertas y más puertas. Visitamos la escuela que hizo con el apoyo de una ONG y también la capilla. Eso se hizo antes de que existiera la carretera, con lo cual los moradores del sector tuvieron que cargar todo el material sobre sus hombros.

Cuando la escuela estuvo lista, Francisca descubrió que muchos de los niños del sector no estaban inscritos, y por ende, no podían estudiar ni recibir otros beneficios. Entonces se le ocurrió buscar niños inscritos en otras comunidades para que prestaran sus nombres a los niños del campo. Su propia hija Hilda fue una de las niñas que cedió su nombre. Luego hubo que aleccionar a los niños beneficiados para que respondieran al nombre que les habían prestado.

Se encoge de hombros:

-Nos toca ir buscando la manera de hacer las cosas.

Es eso: Francisca siempre ha buscado la manera de hacer las cosas. Ahora quiere trabajar para mejorar la vivienda de la gente.

-Mi sueño de ahora es que tengamos una facilidad de vivienda más cómoda.

-¿Y un sueño para tí?, le pregunto.

-Ver que toda la familia tenga tranquilidad en la vida, que mis hijos se vayan superando más que mí, que sean más súper que mí.

Dejo de preguntar por ella porque está claro que ella es los demás.

La vida de Francisca tiene facetas ocultas como cuando buscó ser concejal por un partido conservador que no le gusta mencionar y perdió por cincuenta votos. Aunque perdió la elección, esa experiencia la llevó a trabajar en el Congreso Nacional de la época durante dos años.

¿Sintió discriminación en la gran ciudad?

-Claro, sentí un poco de discriminación, pero uno hay que ponerse enérgico... yo me siento orgullosa de ser indígena. La gente dice que se tiene que cambiar la cultura, pero uno ya está ambientado a nuestra cultura.

La charla se interrumpe cuando llegan los moradores convocados por Francisca. Todos rodean a Francisca y la escuchan atentamente.

-Verán compitas, yo quería ir informando asunto de la carreterita que estuvimos pendientes... yo por comedia había presentado una solicitud al municipio y ya tenemos fecha para que la maquinaria entre acá.

Luego les pide que hagan minga para apoyar a los trabajadores, que les den de comer, que reúnan una cuota, que avisen a los que viven en Quito...

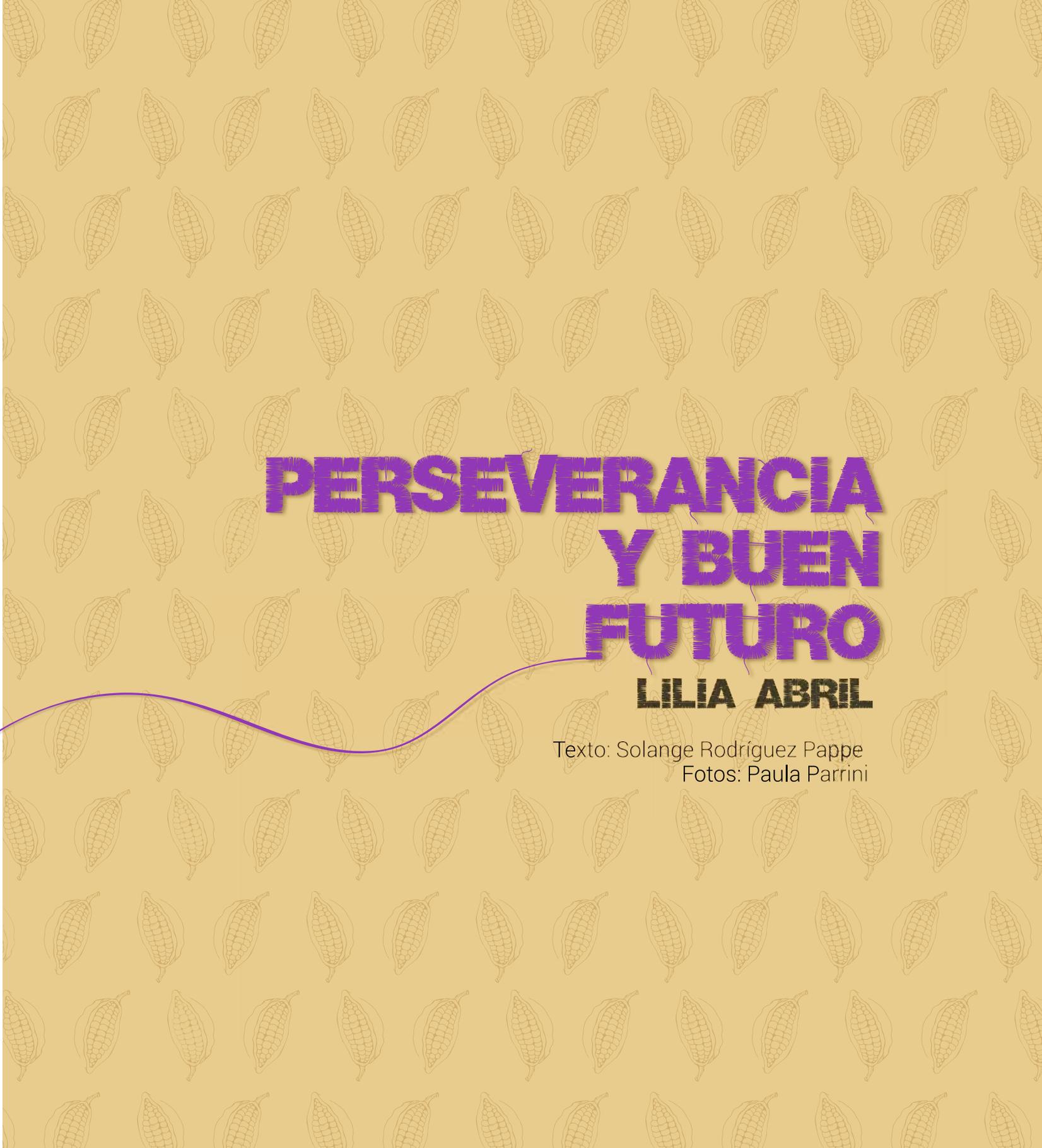
Allí la dejamos, siendo la lideresa que es, pendiente de otras reuniones que tiene en el día y también de volver a su casa para cuidar de los suyos en sus días que duran, que parecen durar, más que los nuestros, o sea, mucho más de veinticuatro horas.



El trabajo no remunerado es constante para las mujeres de Illagua Canllushi.



*Una nunca sabe a quién
termina tocando con su historia.*

The background of the entire page is a repeating pattern of stylized corn cobs in a light beige color. The cobs are arranged in a grid-like fashion, slightly offset from each other. A thin, wavy purple line curves across the middle of the page, passing behind the text.

PERSEVERANCIA Y BUEN FUTURO

LILIA ABRIL

Texto: Solange Rodríguez Pappe
Fotos: Paula Parrini

La vida nunca es como
una se la espera.

Antes de que todo se volviera veloz, viniera la actividad política, la conciencia plena, la fatiga, la pérdida de lo que amaba y el hacerse cargo de su propia vida, Lilia era una mujer como casi todas las jóvenes de la Amazonía. Una matriarca recia, pero solo dentro de los límites de su propia casa. Para Lilia la vida se desarrollaba entre la finca, los animales, el machete, el gancho y los hijos.

Eso era todo.

Hasta un día, ese día.

-Vendíamos café pilado, café cerezo, que se compra, se seca, se apila y se vende. Ese era el trabajo de nuestra familia. Me solicitaron que participe en la política porque todos me conocían al ir repartiendo productos los fines de semana. *¡Participe!*, me decían, *¡participe!* y yo, que no sabía en lo que me metía, dije: *bueno, que me pongan para formar parte de una de las listas*. Lo hice sin ninguna expectativa. Fui segunda como vocal de la Junta Parroquial en las elecciones del 2004. De primer candidato fue un maestro, pero él llevaba residiendo en San Pedro de los Cofanes menos tiempo que yo y lo impugnaron. Entonces yo asumí el primer puesto. Tuve mucha votación porque la gente que me conocía apoyó bastante.



La cocina de Lilia minutos antes de la cena.



La casa de Lilia Abril al pie de la carretera que conecta Lago Agrio con Coca.



Madre y padre, Lilia ayuda a sus hijos a acerrar madera.

Lilia Abril estaba una mañana en lo suyo: pilando café, enpolvadita de grano, sucísima y fue cuando llegaron, felices, unas compañeras en un carro. Gritaban:

-¡Ganamos, ganamos! ¡Vamos a Lago Agrio!

Ella no sabía si lo que escuchaba era verdad porque nunca pensó triunfar. Así que se vistió veloz y se fue con ellas para salir de dudas. De verdad había ganado y a Lilia Eva Abril Naranjo la vida le dio la vuelta: era la primera mujer en ocupar la presidencia de la Parroquia Rural San Pedro de los Cofanes.

Ella, que no había sido nunca ni presidenta de grado en la escuela, tenía que ponerse a cargo de todo un directorio y conducirlo.

Se aterrorizó.

-Estaba ciega, sorda y muda. Fue duro, durísimo. Yo no comía, no dormía. Cuando me decían mis compañeras: *tiene que salir, tiene que hacer, tiene que meterle ganas, no desmaye*, sentía que se lo decían a otra y no a mí. Yo tenía muy claro que no me estaba gustando la experiencia. No sabía usar ni el teléfono celular. Pero lo más difícil era lidiar con mis compañeros. Ellos no querían estar mandados por mujeres. Y, para colmo, nadie en casa me apoyaba, salvo uno de mis hijos, Vicente.

Temprano en su vida, Lilia fue marcada por un dolor inolvidable. La pérdida de su segunda hija, Cecilia, a los pocos años de edad, víctima de una fiebre feroz que se la llevó en un par de horas cuando la familia vivía en *lo profundo del campo* y con lo difícil que era salir al área urbana. En eso, como en muchas otras cosas, su historia tampoco es muy diferente a la de otras mujeres rurales. Se había fugado de casa por amor a los diecisiete años de la mano de Ricardo Cariapuma y los hijos le fueron llegando cuando aún era muy joven.

Cecilia había fallecido, pero muchos de los niños de las comunidades apartadas sobrevivían viajando durante

muchas horas en lomos de animales y luego en buses hasta los precarios centros de salud donde se decidía su destino. Tras Cecilia, la niña que se llevó la fiebre, vinieron otros bebés: Juan, Vicente, Carlos y Lorena. Dedicada a lo doméstico y ocupada de sol a sol picando, aserrando madera, arreando ganado y podando el cacao, al final del día Lilia, desfallecida, solo ambicionaba un descanso, un ratito, sentarse.

La vida nunca es como una se la espera.

Un día, en el año 2000, Lilia vio una muestra de su capacidad de convocatoria cuando un dirigente le pidió que reuniera a diez mujeres para un proyecto. No le dieron demasiados detalles, pero Lilia habló con sus amigas y vecinas y no solo convocó a diez, sino que logró reunir a cuarenta mujeres llenas de expectativas ante el anuncio. Les dijeron que se trataba de un plan de las Naciones Unidas que consistía en otorgar fondos no reembolsables para organizaciones que estuvieran cerca de la frontera. Pero, para recibir los beneficios, debían constituir legalmente una organización.

Así nació la Asociación de Campesinos 14 de Abril -Lilia bromea con que se eligió darle ese nombre porque es la fecha de su nacimiento-, que inmediatamente se preocupó por mejorar el bienestar de las *compañeras y compañeros* del sector, dándoles la posibilidad de emprender algo propio. Empezaron a criar pollos.

-Hubo que ir de finca en finca con parcelas, con galpones, con pollos, procurando que la gente empezara a utilizar vacunas, balanceado y descubriera otra forma de criar a los animales que no fuera dejar que anduvieran sueltos.

El proyecto duró dos años y medio y las mujeres quedaron ya organizadas y con un capital porque ese dinero era para ellas y con ese dinero se daban microcréditos.

-Con el tiempo la Asociación pudo adquirir una



El comunitarismo apela a la solidaridad como el liberalismo los hace a la libertad.



El diálogo forma parte de la organización y participación comunitaria; este se evidencia en el sinnúmero de asambleas que se desarrollan a menudo.



Apuntes en la agenda de Lilia Abril.



Las mujeres rurales de Sucumbíos se dedican al cultivo de haba, café y cacao, entre otros productos nativos de la zona.



A pesar de los limitados recursos,
donde come uno, comen dos.



Lilia distribuye su tiempo entre sus tareas domésticas y su activismo comunitario.

hectárea de terreno donde estamos haciendo piscinas para ir criando tilapias pero habría que ver porque hay mucho depredador y las tilapias son muy apetecidas por las plagas. Los recursos que logramos generar han sido para la misma organización: pagar al SRI, hacer declaraciones, hacer comisiones.

Existen muchas otras mujeres en esta historia, que en mayor o menor medida aportaron al proceso. La joven Esther Quintana era madre soltera y su destino hubiera sido el predecible: la finca y los animales, pero logró terminar la primaria en un colegio a distancia debido a la guía de la religiosa Gabriela Zapata, quien a más de inspirar a Esther, también ayudó a fundar la Academia 8 de Marzo que funcionó durante quince años.

Las mujeres de Sucumbíos, vecinas de Lilia y compañeras de camino, insisten en que la única forma de escribir para ellas un destino diferente al de la maternidad en las fincas, es la educación y también presenciar historias inspiradoras.

La propia Lilia, no estuvo sola en su camino. Recuerda el apoyo esencial que significó para ella su joven secretaria, Cecilia Jiménez, quien fue una brújula durante sus primeros meses y quien también la alentaba al momento de subir a la tarima a hablar con la gente. Cecilia le aconsejó que no se diera por vencida cuando Lilia anunciaba que quería irse a su casa y también le dijo algo muy importante: que no firmara nada sin leerlo antes.

Además de la fortaleza transmitida por Cecilia, Lilia recuerda cuando conoció a la también dirigente Luz Haro, en el Coca, en un taller del Banco Central del Ecuador.

Luz le sugirió que debía ir a Quito a hacer trámites necesarios para su parroquia, tomar capacitaciones en otras ciudades, dejar de tener miedo y luchar por todas esas mujeres que no habían podido luchar y Lilia pensaba que si ya solamente por el cargo que la distraía de lo domés-

tico su marido amenazaba con el divorcio, peor se pondría si se le anunciaba que se iba a ir de viaje.

Pero lo hizo.

Un año de lucha diaria le llevó a Lilia Abril demostrarle al resto del directorio de la Junta Parroquial que era capaz de sostenerse en el cargo. Trabajando se ganó el respeto, hizo obras e intentó poner orden en medio de la anarquía: logró la construcción de un coliseo que ha quedado de herencia para la comunidad, coordinó la compra de terrenos y organizó capacitaciones para los campesinos, a más de trabajar por sacar a San Pedro de los Cofanes de su estado de abandono e invisibilidad. Y entonces, a finales del 2005, murió su querida asistente Cecilia Jiménez y la tristeza y la incertidumbre volvieron.

Hasta el 2009 fueron cuatro años de ganancias y cuatro años de algunas desgracias. Lilia Abril las enumera con la voz templada, pero cuando llega a la última siempre se quiebra. Con ella llora también Julia Peña, madre de la vivaz Cecilia, porque para ambas la pena de perder a su hija se compara con haberse quedado muertas en vida. Tras el fallecimiento de su asistente, Lilia se apoya en otra joven llamada Mónica Barragán. Ella fue su ayudante por el resto del periodo.

En el 2008, Lilia logró divorciarse de su esposo dejando atrás infidelidades y despilfarro, pero lo peor llegó un año después.

Esto se cuenta entre sollozos:

-Saliendo de la finca un domingo de tarde para amanecer lunes, muere en un accidente mi hijo Vicente, quien tanto me había alentado. Iba ir a la reelección y dije que ya no iba. Ahí me quebré, ahí se me acabó todo a mí, estaba deshecha. Mi papá me fue llevando a Santo Domingo para hacerme un tratamiento y eso me ayudó mucho. Con ayuda de Dios he salido adelante.

Cumplida su gestión, Lilia Abril entregó su cargo con la sensación de que había abierto un camino importante que la comunicaba con lo que sería el resto de su vida.

-Por la puerta grande entré y por la puerta grande salí. Nada traje, nada me llevé y dejé haciendo cosas por San Pedro de los Cofanes, lo que era mi prioridad. Aprendí que las mujeres solas o acompañadas somos capaces de cosas que jamás nos imaginamos que podríamos hacer. Solo se trata de ponernos desafíos y apoyarnos entre nosotras. Yo, de no haber sido por este proceso, no hubiera estado al frente de nada. Solo al frente de los chanchos. Ahora conozco muchas cosas, conozco muchas amigas, amigos, he viajado, conozco ciudades. Sigo siendo la misma de antes, pero más consciente de mis derechos.

El día tiene más horas para Lilia Abril.

Se ha levantado en la madrugada para hacer el desayuno, ha ido a su finca a dar melaza con sal a las vacas y ha colaborado cortando tablas para la futura casa de su hijo que no termina de construirse. Luego ha matado a una gallina para hacer el almuerzo, se ha metido al tanque para refrescarse, ha ido a dar una vuelta por la sede de la Asociación en San Pedro, después ha tomado rumbo a Juvina Verde a visitar el terreno de Julia Hidrovo y es probable que termine el día en Lago Agrio cenando con su amiga Ester Quintana.

A pesar de que el cielo del Oriente suele derrumbarse en lluvia casi siempre y eso es un contratiempo para sus actividades, con buen humor Lilia termina la larguísima jornada.

Después de su primera incursión en política, ella no ha descuidado las actividades de trabajo comunitario: continúa apoyando a sus vecinos y amigos desde la Asociación 14 de Abril y también ha recibido el llamado de

la Asociación Coordinadora Ecuatoriana de Productores de Cacao Nacional Fino de Aroma (Aceprocacao) para formar parte del directorio, ya que es representante en la Mesa de Cacao de la provincia de Sucumbíos.

Pero lo que más ama es motivar a que otras mujeres despierten así como ella despertó. Desde el 2009 es una de las lideresas de la Asociación de Mujeres de Juntas Parroquiales Rurales del Ecuador (AMJUPRE) y por medio de este organismo ha recibido talleres y capacitaciones que le han hecho abrir más los ojos.

-Después de que salí de la Junta me he dedicado a trabajar en la finca y la vida ha seguido corriendo: sigo manejando hacha, machete, guadaña y espada. Y pronto voy a aprender a manejar el carro. Sigo trabajando fuerte porque la vida en el campo es muy dura y, si no se hace rendir la tierra, la gente en el pueblo se muere de hambre. Lo que pasaba era que las mujeres del Oriente no nos conocíamos a nosotras mismas: vivíamos para servir a otros. Para trabajar, para lavar, para planchar. No estábamos como para dirigir porque nuestra autoestima estaba en el piso. Espero con mi labor haber motivado un cambio a nivel social, aunque fuera leve. Lo que sé es que por ahora el municipio de Shushufindi cuenta con cuatro mujeres concejales y se espera que muchas más se sumen como vocales de la Junta Parroquial. Una nunca sabe a quién termina tocando con su historia.

Afuera, el cielo se despeja.

Deja de llover.

La frase de Lilia queda colgando de un árbol, como una gota:

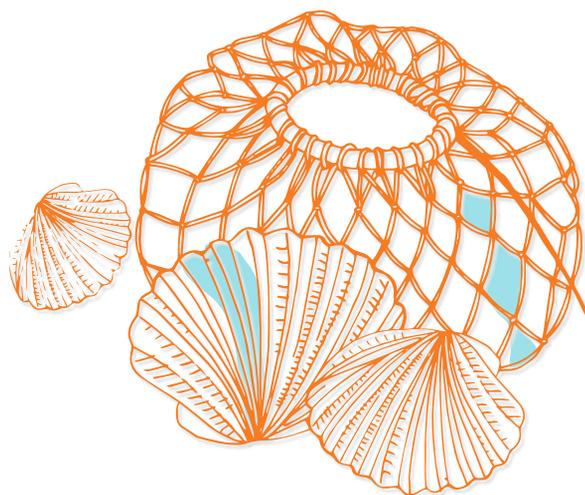
-Una nunca sabe a quién termina tocando con su historia.



Lilia y Ester compartiendo anécdotas de vida.







El eco de los arrullos se pierde aguas adentro.



**EL ECO
DE LA
CONSTANCIA**
MARÍA CANGUA

Texto: Gabriela Paz y Miño
Fotos: Karla Gachet

"Aprendió como el resto:
mirando, haciendo".

María Cangua aprendió a contar en el manglar.

Una, dos, tres... hasta una docena de conchas. Once, doce, trece... dos docenas. Veinticinco, veintiséis, veintisiete... tres docenas. Sus manos pequeñas, morenas, escarbando afanosas en el lodo. La vista aguzada, buscando los moluscos entre las olas de tierra húmeda. Toc- toc- toc: sus tesoros embarrados, cayendo, uno tras otro, en un balde de plástico. Y al terminar el trabajo -quizás, para entonces, solo un juego- su alegría de niña que chapotea sin horario en las aguas del río.

María Cangua fue una niña libre.

Nació en la playa. Así, sin más, porque no recuerda que su paisaje original tuviera un nombre. -Cada casa estaba a un kilómetro de la otra. Delante de la mía estaba la de mis abuelos. Más allá, la casa de mis tíos. Era todo mar y arena.

De aquello han transcurrido más de cuarenta años, pero no se han detenido en la piel de María. Ni en su cabello negro y rizado. Ni en sus manos regordetas. Tampoco en su cuerpo menudo, que no registra la huella de diez embarazos. Por eso no es difícil imaginarla como una niña que corre por orillas brillantes. Seguramente se parecía a alguna de sus hijas. O a alguna de sus nietas, que a ella, que ya ha cumplido los cincuenta, la rodean como un



A pesar de encontrarse en situaciones de adversidad social y económica, las mujeres rurales gestan actitudes solidarias para con propios y extraños.



El manglar es la fuente principal de ingresos para un grupo de mujeres de Bolívar.



La familia de María Cangua en una de las paredes de su casa.



María Cangua piensa en amorfinos. Todo el tiempo.
Cuando reclama, cuando ríe, cuando llora.

ruidoso enjambre. Mujeres, niñas, jóvenes y adultas, que reinan en la vivienda de madera, plantada a la entrada de Bolívar, recinto de la parroquia del mismo nombre, en el cantón Muisne, provincia de Esmeraldas.

María Cangua fue una niña conchera, igual que todas las niñas de Bolívar.

Aprendió como el resto: mirando, haciendo. Sacó moluscos del manglar desde que sus piernas pudieron sostenerla en la ciénaga. Rodeada de mujeres -su madre, sus tías, sus hermanas, sus primas, sus vecinas- cuando la marea estaba baja, María se internaba en el pantano y, esquivando serpientes y pejesapos, buscaba conchas.

Entonces, como ahora, Bolívar era esa pequeña población costera de pescadores, agricultores y concheros, desconocida por la marea de turistas que satura otras playas de Esmeraldas. Un pequeño punto saliente, que no aparece en los mapas turísticos, pero que sí ha sido marcado en otros planos: los de los camaroneros que llegaron allí, sobre todo a partir de los años noventa, para construir sus piscinas, arrastrando en su empeño miles de hectáreas de manglar.

El agua de las piscinas camaroneras brilla como un espejo a los dos lados del camino. El Vitara 4x4 en que nos movemos recorre en solitario la vía asfaltada. Hemos dejado atrás la carretera Esmeraldas-Mompiche, tras encontrar el desvío que conduce al pueblo de Bolívar. Es casi medianoche cuando el vehículo se detiene delante de la ría que separa este pueblo del resto del mundo.

Los reflectores del Vitara permanecen encendidos y alumbran la canoa de madera que se aproxima al mando de tres adolescentes: dos sobrinos y un hijo de María Cangua. Saludan con una cordialidad casi ensayada. En pocos minutos estoy sola con ellos, en la canoa que

avanza trazando una huella alargada. Respiro el aire de la Costa y me aferro a mi cuaderno en el que he escrito el nombre de María Cangua y un número celular: las dos únicas pistas que tengo, lo único que de verdad sé.

A golpe de remo, los *argonautas* descalzos vadean una estructura de metal que, coronada por una cruz, sobresale en el agua. "Es el Titanic", bromea uno de ellos. "Es la gabarra que se hundió cuando intentaban pasar una volqueta al otro lado", explica otro. El trayecto de tres minutos no da para más: de pie, al otro lado de la orilla, diviso a dos mujeres somnolientas que me saludan con la mano: María Cangua y su hija Dilma.

Bolívar duerme.

Somos un grupo de sombras que camina por las calles de tierra hacia la única casa con las luces encendidas: el hogar de los Chila-Cangua. La puerta de madera está abierta. En el comedor reinan dos mesas alargadas con manteles plásticos. Una heladera descompuesta se aburre en una esquina. En las paredes descascaradas, un cuadro de Jesús Pastor resume en un solo holograma dos estampas que aparecen y desaparecen, según la posición de quien las mire: Jesús en la última cena, Jesús en el monte, Jesús en la última cena, Jesús en el monte.

Una foto muestra a María Cangua, su esposo y su hijo, David Chila Cangua, actual presidente de la comunidad, superpuestos en el fondo de un lujoso departamento. Un departamento ajeno.

María prepara un café negro cuando Froilán Chila aparece bajo el marco de una puerta interior. Saluda, pero no sonrío. Ochenta años, motas de cabello blanco y ojos que apenas ven: este hombre, al que María trata con ternura de hija, ha sido su marido por más de treinta años. La luz y la sombra de su vida. El galán maduro que la acompañaba en sus caminatas por la playa. El padre de



La llegada de las camaroneras arrasó con el ochenta por ciento de la superficie original de los manglares de Bolívar.



María aúna esfuerzos y recursos para traer a su comunidad días mejores.

sus hijos y el primer muro que ella debió derribar para salir de su casa y unirse a sus compañeras en la lucha por el manglar.

Todo empezó con la rabia. Con la santa indignación de una mujer que veía, incrédula, cómo los mangles caían malheridos, en medio del griterío de las maquinarias.

-Era una compañera que ahora tiene setenta años y que está postrada en su casa, enferma del azúcar.

María habla de Rosa Castillo, emblemática lideresa de Bolívar. La recuerda increpándolas, sacudiéndolas de la pasividad.

-Ella tenía una forma de hablar que parecía agresiva y de esa forma nos dijo: *¡cómo puede ser que nosotras estemos sentadas, sin hacer nada, mientras otra gente viene aquí a hacer plata! ¡Vamos a perder la educación de nuestros hijos!*

Esas palabras le llegaron a la joven que era María Cangua y la transformaron para siempre.

-Yo tenía veinte años y dos hijos cuando me involucré. Asistía a las reuniones a escondidas. Mi marido me decía que si yo me iba, no habría quién le hiciera el almuerzo. Que no quería tener una *mujer absoluta* que se metiera en líos ajenos. Además, era empleado de una camaronera y tenía miedo de quedarse sin trabajo.

Pero María no se amilanó. No era la primera vez -ni sería la última- que enfrentaba a un hombre abusivo. Con quince años le paró la mano a su padre tras años de verlo maltratar a su madre. Ese día la angustia de María se volvió por fin palabra. Gritó. Y una vez que lo hizo, decidió no callar más.

Por eso, cuando su marido quiso detenerla, María creció en segundos frente a él, hasta convertirse en una enorme sombra que lo miraba desde arriba.

-Le dije: *no soy la burra que usted cree. A mí no me toca un pelo.*

Y salió. Y salió una segunda vez. Y una tercera. Y se unió al resto de mujeres que se encontraban a pie de playa para caminar, con el agua hasta la cintura, hasta Muisne. Y desde Muisne a Esmeraldas. Y desde ahí a Quito, para visitar oficinas, presentar denuncias o definir estrategias, asesorados por los activistas de Fundecol (Fundación de Defensa Ecológica).

-Íbamos hasta embarazadas. Nos decían *vagas, desocupadas.*

María reconstruye la historia con orgullo. Es difícil saber si su relato llega a los oídos de su marido, que permanece sentado en una silla de madera, estático y silencioso, hasta que repentinamente se levanta y dice:

-Hay que cerrar la puerta.

Entonces María lo mira con paciencia, recoge las tazas del café y me conduce hasta un cuarto en el segundo piso. Como despedida dice:

-Si quiere, ponga la aldaba, aunque aquí nadie le va a faltar.

El impacto de la industria camaronera en Esmeraldas se agudizó en los años noventa a partir del brote, en Guayas, del llamado Síndrome de Taura: una plaga que mata al camarón. La enfermedad, que se extendió rápidamente, obligó a los inversores a buscar nuevos terrenos para instalar sus piscinas. Y los encontraron en zonas como Cayapas-Mataje, La Tola, Camarones, Atacames, Tonchigüe, Muisne, Portete y Bolívar.

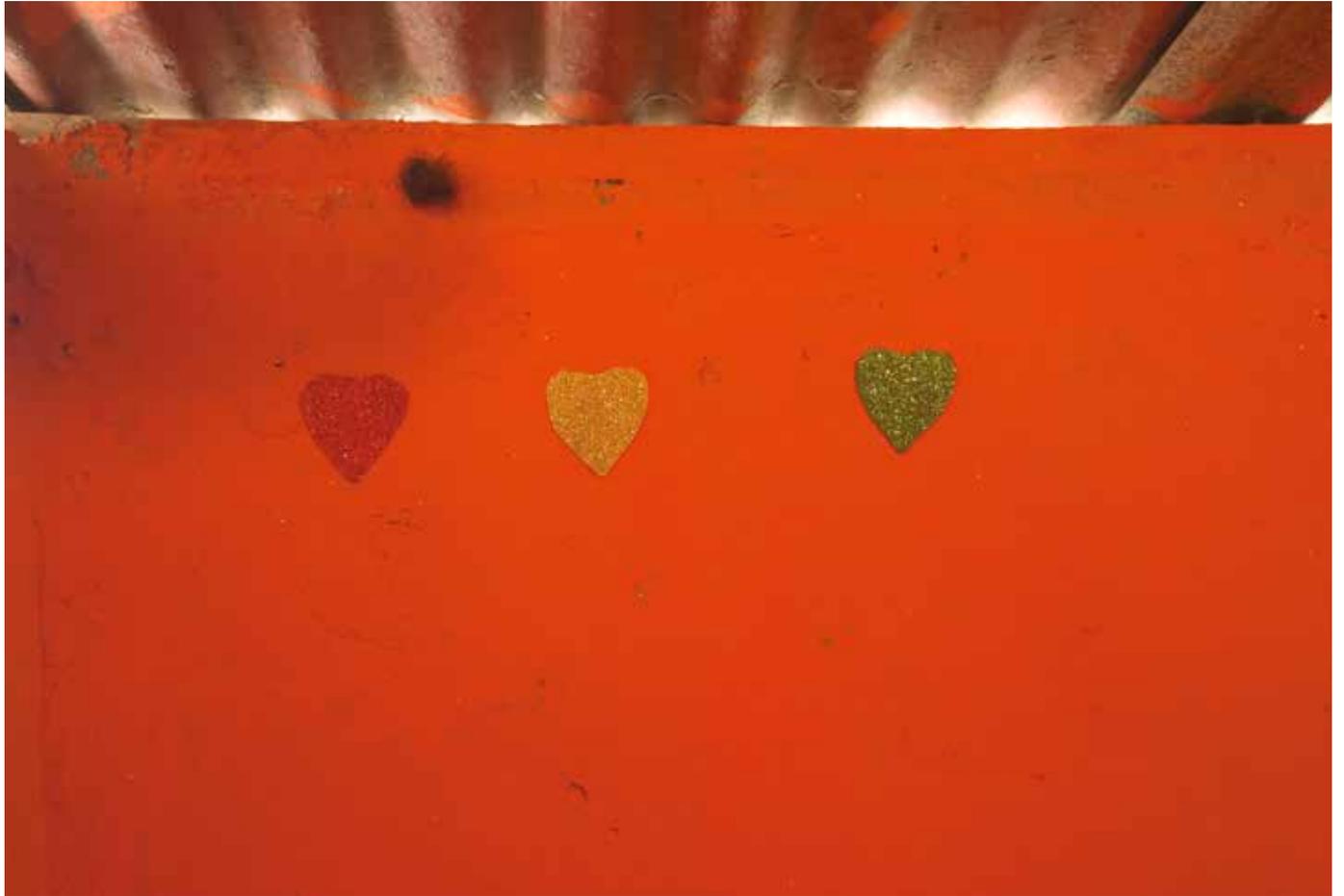
Un informe de Ecociencia revela cómo en estas comunidades ancestrales dependientes del manglar, la expansión de las piscinas camaroneras causó efectos en cadena, pues además del daño ambiental, "alteró formas organizativas y culturales de los habitantes, suscitó en ellos la pérdida de fuentes de seguridad alimentaria, ocupacional, económica y ambiental y provocó desplazamiento de importantes grupos poblacionales".



La concha negra representa la principal fuente de ingresos para María y sus compañeras.



Sororidad significa amistad entre mujeres diferentes y pares, cómplices que se proponen trabajar, crear y convencer, que se encuentran y que se reconocen.



Decoración de una de las paredes de la casa de María.



El manglar es fuente de vida e inspiración y es el motivo de lucha de mujeres que apuestan a la conservación.

La llegada de las camaroneras arrasó con el ochenta por ciento de la superficie original de los manglares de ese sector y, al hacerlo, mermó enormemente el principal medio de vida de los habitantes de estos pueblos.

Gladys Cortez, ex presidenta de la Asociación de Concheras Virgen de las Lajas, recuerda esos días con tristeza. La mujer de voz ronca y manos grandes está sentada en un banco, en el salón, ahora vacío, de lo que fuera su tienda-bar-comedor. Es sábado, 13 de septiembre, día de la fiesta de la Virgen y ella preside la comisión encargada de organizar la procesión por las calles de Bolívar.

-Con la instalación de las piscinas, nos estábamos quedando sin fuentes de trabajo. La gente emigraba a Esmeraldas y a otras partes. Algunos se iban a cocinar en las hosterías. Los hombres dejaban a sus familias aquí para trabajar veintidós días y descansar ocho. Muchas perdieron a los maridos.

Ella misma migró a Esmeraldas a trabajar. Pero antes, dio la batalla de su vida.

-Nos unimos con los habitantes de pueblos como Chamanque, Daule, Bolívar, Tortuga, Muisne. Nos organizamos.

En Bolívar se juntaron *treinta mujeres de buena lucha*, como las evoca Gladys Cortez.

-Ellos (los camaroneros) nos acorralaban con los perros, no nos dejaban hacer la faena. Tenían guardaespaldas, armas. Pero nosotras templamos maraca frente a ellos.

Así, solas, *templando maraca*, se enfrentaron a los empresarios y a todo su poder.

-Llegaban con permisos, decían que las tierras eran suyas. ¿Suyas? De eso, nada. Un día nos subimos a la retro y tiramos a los trabajadores al lodo. La cosa era lograr que nos hicieran caso.

Santa Cagua, mujer recia, setenta años, piel tersa y cabello blanco, conchera de toda la vida y madre de doce hijos, también se puso en la línea de fuego.

-Los camaroneros botaban agua con químicos para meter los camarones y mataban a las conchas.

Frente a sus ojos, el paisaje cambiaba.

-Antes esto era puro manglar. Hermoso. Había pajaritos, gaviotas. Los camaroneros se metieron a las malas y nosotras resistimos. Treinta concheras, con piedras y palos, logramos proteger un pedazo del manglar y empezamos a reforestar una zona, entre todas. Yo no tenía miedo. Decía: *aquí muero, con mi grupo*. ¿Y si no, qué íbamos a comer? ¿Arena?

Ahora ya no puede conchar. La humedad dañó sus piernas. Los días la encuentran sentada en el salón de su casa, en donde ha armado su altar personal, presidido por el Hermano Gregorio, el de las curaciones milagrosas.

María Cangua, cómo no, encabezaba las luchas.

-Las autoridades detenían a los camaroneros, se los llevaban a Muisne, pero era una farsa: los trabajos acá seguían. Estábamos solas.

Entonces ella, una vez más, alzó la voz y les dijo a sus compañeras:

-Somos madres, vamos a resistir.

Soportaron amenazas. Críticas de su propio pueblo. Pasaron miedo.

-Nos decían: *la primera que entre aquí, no sale*. Pero no nos pararon: en una ocasión fuimos diez mujeres y retuvimos a un operador. Llegó el oficial y por fin llamaron a los dueños de las camaroneras. ¿Les dijimos: *qué pretenden, que vayamos a un prostíbulo, que nos organicemos para robarles*? Solo entonces empezaron a hablar con nosotras.

El fruto de ese diálogo fue el acuerdo para reforestar una pequeña franja del manglar, que ahora permite la subsistencia de los bolivarenses.

María Cangua piensa en amorfinos. Todo el tiempo. Cuando reclama, cuando ríe, cuando llora: siempre se le ocurren versos que termina cantando. No sabe cuántas canciones ha hecho para Bolívar. En más de una llama a su pueblo la *sucursal del cielo*.

Porque en Bolívar, dice, está "la mejor agua del mundo", aunque no haya agua potable. Porque aún sin recolectores, el camino de hierba que conduce al mar luce como una alfombra verde y brillante. Porque sin cárceles, ni hospitales, y con solo una pequeña escuela, Bolívar se organiza. Porque sin cementerio y con un retén cerrado, mantiene su propio orden.

María le canta a ese Bolívar, el lugar donde todo se consigue a pulso. Y a las mujeres que, cuando los hombres callan o están ausentes, encarnan la presencia cotidiana.

-Si ellos se quedan atrás, nosotras seguimos.

Así habla María, mientras caminamos por el pueblo. No mira el reloj, aunque sabe que el primer acto de la fiesta: Concurso de platos típicos, está en veremos. Son las 15:00 y aún no hay participantes.

-Ya llegarán.

Eso repite esta mujer acostumbrada a que desde su fe, ella sola, mueva montañas.

Recorremos el pueblo, deteniéndonos en cada puerta. En los patios, la gente aguanta el calor meciéndose en las hamacas. Nadie piensa en la fiesta. Ella no se rinde.

-Vecina, prepare un platito para el concurso. Coja concha y ase esos plátanos. Sí ha de tener unas jaibas para que cocine un estofado.

Una vez más, María levanta a las mujeres, las impulsa, las convence. A las 17:00, en el centro del pueblo hay una mesa con cinco platos típicos. A las 18:00, aparecen de la nada las jugadoras de fútbol y el árbitro para el campeonato que se juega en las calles de tierra, cuando el sol ya se oculta sobre la línea del mar.

A las 19:00, las concheras y sus familias recorren el pueblo, cargando la imagen de la Virgen de las Lajas, iluminada por las antorchas de caña y diésel. El retumbar de los tambores no opaca los versos.

Ay, cojan al cangrejo de la pata grande

no cojan a la madre, que los hijos se mueren de hambre.

Las voces desgranaban estrofas que hablan de un pueblo que nace, crece y muere a orillas del manglar. Sus letras evocan paisajes perdidos, espíritus que cuidan el manglar, forasteros que se llevan todo. Pobres que siempre serán pobres.

Parada en la orilla, en el mismo lugar en que la vi por primera vez, María Cangua observa la barca iluminada.

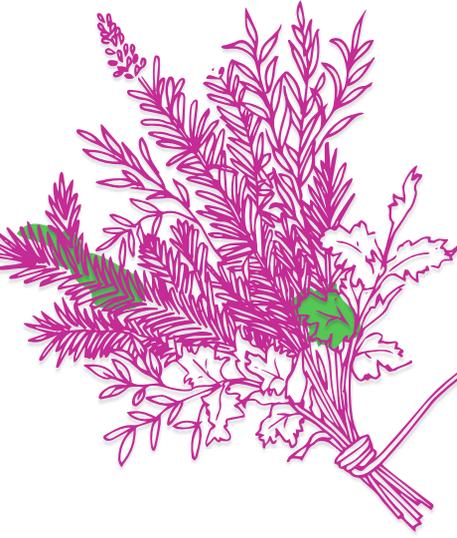
-El manglar es nuestra empresa, aquí nadie nos pide cédula. Aquí no envejecemos. Nos cubrimos con lodo y nos curamos. Aquí, el que no desayuna, almuerza y el que no almuerza, cena.

La luz de las antorchas se difumina. La barca se aleja despacio, da un giro, esquiva la gabarra hundida y rodea el estuario, rumbo al mar. La diminuta imagen de la Virgen de las Lajas se balancea en el medio, arropada por sus fieles.

El eco de los arrullos se pierde aguas adentro.



Las voces desgranán estrofas que
hablan de un pueblo que nace, crece y
muere a orillas del manglar.



*"Mujer, levántate, ponte en camino, que la luz viene a tu encuentro.
Con tus manos vas tejiendo el nuevo día para tus hijos.
Levántate y corre, la Madre Tierra espera la caricia de tus manos.
Lindos criterios has de conjugar hoy y mañana en la organización.
Nuestro corazón y la Madre Tierra nos llevan juntas a un lindo amanecer".*
Himno de la organización Jatari Huarmi.
Música y Letra de Rosa Sisalima.
El Carmen de Jaldán-Azuay 2008



TEJIENDO EL NUEVO DÍA

ROSA SISALIMA

Texto: Verónica Garcés
Fotos: Claudia Ayora

En su alma lleva la sabiduría de Los Cañaris.

Rosa Sisalima vive en El Carmen de Jadán, una pequeña comunidad en la provincia de Azuay, con cerca de ochocientos habitantes. Lleva siempre dos trenzas perfectamente templadas y una medalla de la Ecuarunari con la Cruz del Sur atada al cuello. Sus vecinos la conocen como Mama Rosa, líder de la organización de mujeres, enfermera, sanadora ancestral y presidenta de la Junta de Riego.

Todos los días, se levanta a las 4:30 de la mañana y antes de cocinar, ordeñar las vacas y alimentar a sus animales, se toma unos minutos para estirarse, respirar profundo, abrir la ventana y sentir la caricia del viento frío sobre su cara. Piensa que ahí está Dios, así como en la tierra que germina su huerto y el agua que baja de las montañas.

En su alma lleva la sabiduría de Los Cañaris.

Los martes y viernes viaja una hora y media en bus para llegar al Mercado 10 de Agosto, en Cuenca. Allí trabaja haciendo *limpias* junto con otras ocho mamás curanderas de diferentes comunidades. Se ubican justo debajo de la escalera eléctrica, antes del pabellón de las carnes. Todas visten de chola cuencana y sanan en medio de saquillos y canastos llenos de montes y enormes cartones con huevos. La mayoría de clientes son madres que llevan niños pequeños *espantados* luego de un golpe o una caída, otros son adultos con enfermedades graves. Cada tanto se forman largas filas de gente esperando ser atendida. Los niños pagan dos dólares, los adultos, tres.



Rosa Sisalima junto a la iglesia y a la escuela que ayudó a construir en Jadán.



Mama Rosa cree que incluso la más pequeña de las hojas tiene un espíritu capaz de conectarse con el nuestro.

Mama Rosa cultiva en su propio rancho casi todos sus montes y los junta en pequeños atados: ruda, santamaría, chilchil, guanto, borraja, valeriana, laurel, alélie, pensamientos, salvia, sauco.... Hace una infusión con todos, que trae al Mercado en una botella grande de Coca Cola. Además, fabrica un perfume de montes machacados con alcohol y una pomada de plantas tostadas y trituradas con ajo a la que llama *chuca*. Mama Rosa cree que incluso la más pequeña de las hojas tiene un espíritu capaz de conectarse con el nuestro y que esa conexión depende de nuestro pensamiento, ya sea consciente o no. Así lo dice:

-La naturaleza es sabia, usted piensa lo que le va a hacer bien o mal y esa energía le lleva a la realidad, aunque no sea ese mismo rato.

Hoy es viernes y ninguna de las curanderas ha esperado más de diez minutos sin atender a un cliente. A media tarde, una mujer con los ojos amarillos, muy flaca y demacrada, pide limpiarse con Mama Rosa. Le acaban de diagnosticar cáncer de hígado. Mama Rosa se toma un segundo para respirar profundo. Le pasa un huevo por todo el cuerpo: empieza por la cabeza, hace pequeños círculos mientras murmura una oración al Gran Espíritu para que ahuyente el mal. Rompe el huevo dentro en un vaso con agua y lo deja a un lado, toma un atado de hierbas y le da pequeños golpes por todas partes mientras aspira y exhala el aire ruidosamente por la boca. Deshecha el atado de hierbas usado. Toma el vaso y mira el huevo, se lo muestra.

Sí, hay algo mal a nivel físico, algo en el abdomen. Mama Rosa le habla suavemente:

-Es Dios quien dispone cuándo y cómo nos vamos... Cuando nuestro cuerpo abandona la tierra, nuestra energía permanece en las montañas, las cascadas, el sol, y desde ahí seguimos iluminando a los que se quedan: no hay nada que temer.

La mujer llora. Mama Rosa le toma las manos, le susurra algo al oído y logra calmarla. Le pide cerrar los ojos, le sopla trago puro en la frente. Le pone un poco de perfume de plantas en las manos y le indica que lo esparza por toda su aura.

El sábado, Mama Rosa se levanta como siempre en la madrugada. Ordeña las vacas, alimenta a los cuyes y prepara la sopa. Hoy debe atender una invitación del Ministerio de Turismo para que haga limpias en una feria en el Parque de la Madre. En Cuenca la espera Elena con un saquillo lleno de montes. Ambas visten de chola cuencana. Mama Rosa lleva una canasta con huevos, el termo con el trago puro, el frasquito de perfume, la botella de Coca Cola llena de infusión, la *chuca* y los montes atados.

Elena es madre de ocho niños y pertenece a la organización de mujeres que fundó Mama Rosa hace cinco años. Casi no habla y siempre mira hacia abajo. Mama Rosa dice que es muy temerosa, que aún no logra hacerse respetar por su marido, que le pega, que no la deja trabajar, que sus mismas compañeras la marginan por no tener el coraje de enfrentarlo, que *por eso mismo hay que apoyarle más, estar más con ella*.

Dice que Elena le recuerda a su propia madre, Mama Clementina, que recibía golpes de su marido cada vez que él se emborrachaba. Desde muy pequeña, Mama Rosa debía correr a casa de sus vecinos y rogarles que vinieran a ayudarla.

La organización de Mama Rosa se llama *Jatari Huarmi*, que en kichwa, significa “Levántate Mujer”. Ella y tres de sus compañeras la fundaron con la esperanza de crear una red de apoyo que les ayudara a enfrentar la violencia machista y visibilizara su trabajo de amas de casa, madres y trabajadoras agrícolas.

-Tratamos de defender a las que no hablan, a las viejitas solas... Enfrentamos a los varones, para que nos respeten y vean que ni ellos son más, ni nosotras somos menos, ambos debemos trabajar. La búsqueda de eso es una semilla para el futuro, si algún mensaje hemos podido dar, alguien se ha de acordar.

Otra de las fundadoras de *Jatari Huarmi*, es Rosa Jadán, vocal de la Junta de Agua Potable de El Carmen, quien también ha vivido en carne propia la violencia. A las primeras reuniones, tenía que ir a escondidas de su marido. Muchas veces llegaba golpeada, llorando, pero gracias al apoyo de sus compañeras, poco a poco fue ganando valor para enfrentarlo. Lo cuenta con sus propias palabras:

-Antes, cuando no sabía nada, dejaba nomás que mi marido diga o haga lo que sea, pero ahora ya sé algo, algo contesto y él también como que entiende... Antes cada una sufría sola, ahora podemos compartir y apoyarnos.

A través de la organización, Mama Rosa y sus compañeras han logrado autogestionar diferentes proyectos comunitarios. Uno de los más importantes es su puesto en el mercado agroecológico de Cuenca: Cadecem, donde venden sus productos dos días a la semana.

Antes de conseguirlo, las mujeres de El Carmen veían sus verduras orgánicas pudrirse sin que pudieran venderlas en los mercados tradicionales. Además, han logrado vincularse a otras agrupaciones campesinas, como la Red

de Mujeres Rurales de América Latina y el Caribe y la Amjupre; recibir talleres de capacitación gratuitos en temas como equidad y violencia de género y participar en marchas y convenciones indígenas en todo el país. Hoy, *Jatari Huarmi* tiene veintidós mujeres miembros.

Mama Rosa recuerda que el proceso organizacional fue duro. Nadie quería unirse a la organización. La mayoría de mujeres de la comunidad iban esperando recibir dinero. Cuando les informaban que no había, se retiraban inmediatamente. Pensaban que las dirigentes debían tener alguna clase de ayuda económica que no querían compartir. Estaban tan convencidas que llegaron a tildarlas de corruptas.

En mitad de camino hacia la feria en el Parque de la Madre, Mama Rosa recibe una llamada. La feria no es en el Parque, sino en el Puente Roto, junto al río Tomebamba. Una vez allí, deja en la acera todos sus tereques y se acerca al ingeniero a cargo de la feria. Es un joven elegante que la saluda muy amablemente. Le dice que está confundida, que allí no hay espacio para que haga las *limpias*, que la invitación era para otra feria, otro día, en otro sitio.

Mama Rosa pregunta si igual puede ubicarse a un *ladito, sin molestar a nadie. Solo necesitamos una piedra, un río, o un árbol, nada más*. El joven asiente, le pide disculpas. Mama Rosa elige una banca al lado de un árbol de eucalipto y ordena sus montes mientras algunos turistas la miran curiosos. *Parece que no ha sido hoy*, le dice a Elena, que la mira en silencio.

La feria gastronómica en el Puente Roto es un fracaso. Es medio día y casi nadie ha llegado a los puestos de



Mama Rosa sana en medio de saquillos y canastos llenos de montes y enormes cartones con huevos.



Todas las mañanas se toma unos minutos para sentir la caricia del viento frío sobre su cara.

comida típica gourmet que han montado los restaurantes de la zona. Mama Rosa se compadece del joven, piensa que seguramente estará preocupado. Ella no ha hecho ni una sola limpia, solo ha vendido un vaso de su infusión de hierbas en veinticinco centavos. Entre las pocas personas que se detienen frente a su banca llena de montes, llega una mujer de unos treinta y muchos años, rubia, muy blanca que le dice con acento cuencano: -Ahorita no tengo tiempo para limpiarme, pero que Dios las bendiga. Mi mamá cree mucho en la medicina que ustedes hacen, ella tiene una cruz igual a esa.

Señala la medalla con la Cruz del Sur que cuelga del cuello de Mama Rosa. Ella le agradece, dice que se queda con esa energía. Cierra los ojos y extiende los brazos. La mujer rubia hace lo mismo. Se toman de las manos y se quedan en silencio durante unos pocos segundos que parecen eternos. Se agradecen y la mujer rubia sigue su rumbo.

La feria del Puente está a punto de terminar y aún no ha llegado casi nadie. Mama Rosa le encarga a Elena cuidar sus montes y



se acerca a los puestos de comida caliente. Imagina que repartirán recetas. Algunos puestos tienen degustación de galletas saladas con diferentes mejunjes que venden en potes de vidrio muy elegantes. No le ofrecen probar, tampoco dan recetas. Mama Rosa vuelve a la banca. Se compadece de los que atienden los puestos, dice que seguramente se quedarán con mucha comida hecha e imagina que la compartirán entre todos.

Mama Rosa llega a su casa cerca de las tres de la tarde. Es una construcción de cemento, de dos pisos, que empezó hace un par de años, cuando decidió agrandar su casa vieja. Ninguna pared está enlucida, no hay puertas en los cuartos ni cerámica en el piso. Entra a la cocina, calienta un poco de arroz con mote, prepara agua de anís.

Su esposo, Rodrigo, se sienta a la mesa con ella. Ambos han hecho más obra en su comunidad que cualquier partido político. En 1985, gracias a la gestión que hicieron con una ONG, lograron construir la casona de cemento donde funciona la ac-

La participación de la mujer rural tiende a ser protagonista en muchas de las reuniones comunitarias.







La pampamesa refleja mecanismos claves de la organización y participación comunitaria: la solidaridad y la reciprocidad.



La comunidad reunida en una pampamesa.



La sororidad o hermandad entre mujeres es el percibirse como iguales que pueden aliarse, compartir y cambiar su realidad.

Enfrentamos a los varones,
para que nos respeten y vean que
ni ellos son más, ni nosotras somos
menos, ambos debemos trabajar.

tual escolita primaria de El Carmen de Jadán, que antes era de madera. En septiembre de 1989 inauguraron el servicio de agua potable. Fue una gran fiesta a la que asistieron varias autoridades, incluido el ex ministro de Salud, Plutarco Naranjo.

Los años previos a la inauguración de las obras fueron difíciles, el cura del pueblo estaba acostumbrado a recibir dinero del Gobierno por gestionar él mismo todas las obras y le parecía que la participación ciudadana era un acto subversivo que había que frenar.

-Decía que yo era comunista y pedía a la gente que me maten, tenía tanta rabia que un día hasta me pegó un puñetazo en la cara.

Muchos vecinos tomaron partido a favor del cura, algunos llegaron incluso a amenazarla de muerte.

-La gente lo apoyaba por miedo a Diosito, pero nosotros somos fuertes para luchar.

Poco a poco, al ver que los proyectos se concretaban, la gente empezó a apoyarlos y finalmente el obispo tuvo que reemplazar al cura.

Mama Rosa recuerda el día anterior a la inauguración de las tuberías de agua potable. Se levantó en la madrugada a deshierbar su chacra, cocinó para su familia y, por la tarde, fue al Seguro Campesino a organizar a las mujeres para preparar la comida que se ofrecería en el evento.

Su madre, Mama Clementina, fue a dar agua a los animales, pero al poco rato la embistió un carnero. Tuvieron que esperar toda la noche hasta encontrar un carro que la pudiera llevar al hospital en Cuenca. No alcanzaron: Mama Clementina murió pocas horas antes del gran evento.

En 2010, como presidenta de la Junta de Riego, Mama Rosa gestionó con la prefectura la construcción del Di-que Guando, de veinticinco metros de diámetro. Este año, 2014, volvió a ser presidenta y está haciendo los trámites para legalizar la Junta de Riego y coordinando con el gobierno parroquial la entrega de árboles, pastos y forrajes a quienes se comprometan a mantener las plantas bien cuidadas durante los próximos tres años.

Además, con sus compañeras de *Jatari Huarmi*, está

planificando actividades para recolectar nuevos fondos comunales y organizando los eventos que se realizarán para celebrar el día de la Mujer Rural.

Mama Rosa descansa muy poco. Cuando no está trabajando por su comunidad, se dedica a trabajar su tierra y cuidar de sus animales.

El sábado, después de la feria, Mama Rosa regresa a la casa cerca de las tres de la tarde. Almuerza mote, habas, arroz con guineo, brócolis de su huerto, sopa de fideos y avena. Lava los platos y anuncia que debe ir a cambiar de lugar el surtidor de agua que riega sus coles y llevar comida a los dos perros que tiene en su rancho. En cuarenta minutos, sube una loma y atraviesa una quebrada, sin que le suponga ningún esfuerzo.

Su rancho mide unos trescientos metros cuadrados y tiene un pequeño jardín donde cultiva sus montes medicinales y árboles de tomatillo, manzanas y una especie de primo del babaco llamado *siglolón*, muy dulce y jugoso. Mama Rosa le lanza un par de panes a sus perros y revisa cada una de sus plantas, corta hojas secas y recoge los frutos maduros y caídos.

Cae el sol y Mama Rosa emprende el camino de regreso. Desde una casa de ladrillo, a los lejos, suena el himno nacional en kichwa. Empiezan a caer del cielo unas gotas heladas y ella aprieta el paso.

-Nuestros taitas cañaris y nuestros taitas incas sabían que hay un Gran Espíritu en la naturaleza y se comunicaban con él, agradecían al aire porque de ahí vivimos, a las montañas porque de ahí sale el agua, a la Madre Tierra porque en su seno germina las plantas... Su biblia era un libro abierto, que leían observando la naturaleza.

Sus abuelos contaban que antes, cuando la luna eclipsaba con el sol, los ancianos salían al patio y desnudaban a los niños para que gritaran y lloraran del frío. Era un ritual de sacrificio que ofrecían al Gran Espíritu para que no se enfermaran ni la luna ni el sol.

Al día siguiente, Mama Rosa sale de su casa más temprano de lo habitual, va a una convención campesina en





Sus inagotables pasos abren camino
hacia nuevos destinos.



“Esto no es política, es una
búsqueda de unidad para luchar
juntas como madres, mujeres”.

el cantón Nabón. Viaja tres horas y toma tres buses distintos, cargando una bolsa con comida que ha preparado para compartir con todos al final del evento.

El salón comunal de Nabón está lleno de indígenas de toda la Sierra y algunos representantes del Oriente, convocados por varias organizaciones comunitarias y algunos movimientos sociales vinculados a la Conaie. Hombres de todas las edades y mujeres con niños de brazo. Algunos se han dormido sentados, rendidos por el cansancio de su largo viaje. Otros escuchan atentos. El tema del encuentro es Economía Campesina y Soberanía Alimentaria. Se habla del cambio a la nueva matriz productiva, a través de la cual el Estado pretende aminorar su dependencia en el modelo extractivista para enfocarse en las exportaciones agrícolas.

Se dice que el proyecto de Ley de Tierras amenaza con despojar a los campesinos de sus propiedades si es que no cumplen las cuotas de producción establecidas; que la Ley de Aguas promueve su redistribución en favor de las necesidades del mercado... En varios y emotivos discursos se llama a construir una resistencia campesina pacífica a través de la unión y participación de los pueblos en debates sociales.

Al final de las ponencias, Mama Rosa toma el micrófono. Levanta su voz dulce, muy fina:

-Nos están expulsando a que dejemos nuestros campos y lleguemos a las grandes ciudades, esto nos lleva a la marginación y a más pobreza. Tenemos que defender nuestros derechos. ¿Cómo? Asistiendo a estos eventos, a programas de capacitaciones y trabajando en nuestra tierra. Desde mi pequeña visión y desde esta organización de mujeres rurales que estamos conectadas con la tierra, con el aire y con nuestro trabajo diario, pienso que esto nos afecta de manera más cruel a las mujeres. Para venir a estos eventos sabemos que tenemos que trabajar desde la madrugada y cuando regresamos tenemos que seguir trabajando. Las saludo desde este dolor y este espacio, compañeras. ¡Las invito a estar despiertas y de pie, las invito a la marcha! Esto no es política, es una búsqueda de unidad para luchar juntas como madres, mujeres y en defensa de nuestra Madre Tierra y del futuro de nuestros hijos.

La aplauden. Agradece. Sonríe.

*Aunque parezcan tus pasos
inútil caminar.
Tú vas haciendo camino:
otros te seguirán.*

(Santa María del Camino)

Epílogo

Mi papá acababa de morir cuando recibí la llamada del Instituto de la Democracia.

Esto, tan mío, lo cuento porque es importante para comprender por qué este libro no es un encargo, sino el camino que encontré para aferrarme a la vida. O tal vez el camino –el hilo que une las vidas que laten en este libro- fue el que me encontró a mí.

Atrapada en una desolación gigantesca, monstruosa, solo escuchar la voz del Instituto de la Democracia: su entusiasmo, dulzura y admiración por las mujeres líderes que trabajan para fortalecer la democracia, la participación y la organización comunitaria en sus lugares de origen fue una especie de ventana abierta a un jardín. Fue luz.

Tantas veces nos llenamos la boca hablando de democracia con el sabor a nada de quien no la ha peleado, de quien va a votar cada tantos años. Y ya. Damos discursos sobre cambiar las cosas y volvemos a nuestros ojos cerrados, a la comodidad de quien sabe todo hecho. Esto, lo que yo escuchaba del Instituto de la Democracia, era todo lo contrario: era ir al corazón de la lucha, era conocer a la que empezó de cero.

Supe de las dificultades que deben vencer las protagonistas de este libro, de sostener, de impulsar, de fomentar un proceso democrático de abajo hacia arriba, del trabajo anónimo hasta la invisibilidad, pero tan incansable que ha logrado cambios fundamentales, irreversibles, impresionantes en diferentes comunidades del país: en regiones pequeñas, desconocidas, de la Costa, la Sierra y el Oriente.

Es decir, la gigantesca transformación de un espacio diminuto que recuerda la vieja máxima de *quien cambia su casa cambia el mundo entero*.

Yo no escuchaba solo palabras, sino razones para contar esas historias de mujeres valientes, fuertes, corajudas. Razones para levantarme. Escuchaba las palabras de mi papá:

-No te rindas, niña, nunca te rindas.

Me enamoré de esas mujeres que decían *hasta aquí* a la injusticia, al silencio, a que otros decidieran por ellas. Mujeres que abrían camino a otras mujeres y a otros hombres y a una forma de hacer democracia que antes en el país no tenía reconocimiento ni entidad ni amparo constitucional.

Mujeres ejemplo, mujeres hermanas, mujeres madre, mujeres naturaleza, mujeres poder, cuyas historias teníamos que dar a conocer para que todo ese esfuerzo por convertir a familias aisladas en comunidades fuertes, que eligen horizontalmente y en democracia, es decir, en comunidades participativas, no quede en el olvido, como siempre pasa con el lado invisible de las transformaciones históricas.

Dije sí.

A pesar de estar rota.

Precisamente por estar rota.

Porque si algo caracterizaba a esas mujeres era el ponerse de pie.

Y caminar.

Eso me salvó la vida.

Caminar con ellas.

Enseguida imaginé este libro como una polifonía, como un coro de voces femeninas, como una *sororidad*. Pensé que, así como la democracia comunitaria se construye con la opinión y la participación de todo un grupo, nuestro libro debía también sostenerse en las miradas y las palabras de mujeres diferentes, pero hermanas en su búsqueda por mejorarse para mejorar el mundo.

Seis escritoras maravillosas, pero no solo por el talento de sus palabras, sino también por su capacidad de iluminar a los demás: Marcela Noriega, Solange Rodríguez Pappé, Verónica Garcés, Soraya Constante, Fátima Cárdenas y Gabriela Paz y Miño. También seis fotografías con un ojo perfecto a nivel profesional, pero con un espíritu humano difícil de encontrar: Karla Gachet, Soledad Rosales, Pilar Cáceres, Claudia Ayora, Romina Ycaza y Paula Parrini.

Disparadas a diferentes partes del país, escritora y fotógrafa vivieron días con líderes comunitarias, con mujeres que trabajan por el desarrollo de una democracia impensable, vivieron de cerca realidades que pensaban que, para ellas, mujeres sobre todo de Quito y Guayaquil, serían tan lejanas como las propias poblaciones a las que se dirigieron.

Allá, tan lejos, se encontraron a sí mismas, a una especie de madre, a sus hermanas de la vida, su inspiración.

Dejo que ellas mismas lo cuenten.

Soraya Constante y Pilar Cáceres

Francisca nos impresionó por la agilidad y ese ritmo que tiene que hace que sus días sean largos. Francisca fue una madre para nosotras y nunca olvidaremos ese sabor de la avena caliente con hierba luisa con la que nos despertó los días que estuvimos en su casa.

Marcela Noriega y Romina Ycaza

En Zoila Bermello encontramos un espejo de nuestra propia historia. Muchas coincidencias en nuestras biografías, en nuestra manera de mirar, tan profunda, tan intensa. Pero no nos reconocimos en ella de inmediato, sino que nos fuimos dando cuenta de las coincidencias durante el viaje y después, al volver a casa.

Gabriela Paz y Miño y Karla Gachet

De María Cangua no sabíamos nada. Solo que vivía en un pueblo de la Costa, donde había defendido el manglar. Punto. Así que ahí íbamos -mujeres ciudadinas, Gabriela con un embarazo de cinco meses y Karla con un niño de ocho meses- al encuentro de ella: mujer costeña, en sus cincuenta. Nos abrió las puertas de su casa, nos dio una cama y comida. Nos *protegió* de los cansancios, las de-

cepciones, los malos ratos. Pero también nos enseñó que, allá donde no hay nada, las mujeres como nosotras, trabajan igual que las otras y tanto o más que los hombres. En esos pocos días que compartimos, ella, quizás sin proponérselo, nos dio la oportunidad de ver a una mujer enorme. De gestos discretos, voz más bien baja, muchos silencios, pero acostumbrada a tomar la vida por los cuernos. Y, sobre todo, a creer. A tener una fe sin aspavientos en sus compañeras, en su pueblo, en los procesos y hasta en los fracasos, que son parte de toda lucha.

Solange Rodríguez Pappe y Paula Parrini

Recuerdo que antes de que llegáramos a la casa de Lilia Abril, habíamos comentando el terror que nos causaban los insectos. Fue una sorpresa enterarnos de que Lilia nos iba a dar su cuarto y su cama para pasar la noche en una habitación donde las ventanas no tenían ni vidrios ni telas metálicas. Más allá estaba la selva -la temible selva- y un par de gallinas voladoras que se treparon a los árboles a pegarnos una ojeada. Prendimos las luces a las siete de la noche y vinieron sobre nuestras cabezas todo tipo de formas raras: cucarachas enormes y una especie de mosca verde que parecía labrada en plata. Lilia nos dio su toldo. Decidimos apagar las luces porque los bichos estaban desaforados, nos metimos dentro de la cama encogidas. Vimos que habían entrado luciérnagas al cuarto. Eran muy luminosas y tiritaban: bellísimo. Fue como tener nuestro propio cielo estrellado posado sobre la cabecera. Más allá, escuchábamos la respiración pesada de Lilia, durmiendo tranquilamente.

Fátima Cárdenas y Soledad Rosales

Cuando vimos a esa mujer flacucha, bajita, de tez curtiada al sol que arrastraba una de sus piernas, no nos imaginamos lo que vendría después.

Fue desde el instante en que la vimos en que Lidia, empezó a tirar por tierra todos nuestros estereotipos sobre las líderes. Mujeres imponentes desde la forma en que se paran, altivas al hablar, capaces de reunir a un pueblo con solo levantar un poco, algo, la voz. Lidia, desde afuera, no se ajustaba a la superhéroe que nuestra cabeza y nuestro mestizaje entendían a una mujer mestiza, también, pero con alma y sentir kichwa. Los días de convivencia con Lidia Mamallacta fueron de un aprendizaje que no ha acabado hasta hoy. Así empieza una líderesa: salvándose, salvando a otras, no rindiéndose, convocando otra vez y otra vez, dando ejemplo incansablemente y, mientras tanto, siendo madre, abuela, hija, esposa, trabajadora, guerrera. Siendo, para resumir, mujer.

Verónica Garcés y Claudia Ayora

Una mañana, sentada junto al río Tomebamba, Mama Rosa quiso dedicarle una canción a un abogado que trabajó durante muchos años como asesor de proyectos en su comunidad. Él se llamaba William Ochoa y fue para nosotros un profeta, un hermano y un padre. No está muerto, está en el viento, en el cosmos, donde yo pienso y me conecto, dijo amorosa. Alzó su voz de ca-

nario herido y cantó el pasillo "Adiós Hermano Colibrí", de Jaime Guevara... Dejamos de respirar por un momento, contemplando inmóviles la belleza que brotaba de sus labios finísimos. Recibimos reconciliación, perdón, gracia, cientos de abrazos en noches oscuras. Lentamente, nos entregamos a un llanto lejano, muy antiguo. Todos nuestros ancestros y los suyos estaban allí. Su dolor y el nuestro juntos, abrazados, enjuagándose en las aguas del mismo río. Nos fundimos en un abrazo largo. La besamos cada una en una mejilla.

Mientras escribo -y se me van acabando las líneas- pienso en que, de todas las personas que van a leer este libro, quizás las más orgullosas van a ser las hijas de las protagonistas de estas historias y las hijas de sus hijas y las hijas de las hijas de sus hijas. Me enternece pensar en un libro especial, este, que envejecerá en diferentes casas, que sobrevivirá a mudanzas, emigraciones, reformas, que se salvará como sus protagonistas salvaron el pedacito de tierra, el espacio de participación, el derecho de decidir sobre sus vidas y las de sus comunidades: su democracia. Me emociona pensar que es un símbolo de la lucha de la madre, de la abuela, de la bisabuela, pero también de las mujeres del mundo.

Y este libro que tienen en sus manos y que estará -un tesoro- en la estantería de esa casa en la que jamás hemos pensado, en ese rincón del Ecuador en el que jamás hemos pensado, de esa mujer en la que jamás hemos pensado y que ahora es nuestra heroína, hará que todos los esfuerzos hayan valido la pena.

Francisca, Zoila, María, Lilia, Lidia, Rosa:
nuestro agradecimiento es tan grande
que no cabe en estas páginas.

Este libro es de ustedes, mujeres rurales.

Alhelies. (Del ár. hisp. *alḥayrī*, este del ár. clás. *ḥīrī*, y este del persa *xirī*). Planta vivaz, europea, de la familia de las Crucíferas, que se cultiva para adorno, y cuyas flores, según sus variedades, son sencillas o dobles, blancas, rojas, amarillas o de otros colores, y de grato olor.

Amorfinos. Composiciones cortas poéticas o canciones de origen popular; pertenecen a la tradición oral de los pueblos en donde diferenciando de la copla, se mezcla lo romántico con sentimientos impuestos por alguna vivencia del corazón. El humor es parte esencial de esta típica forma de expresión de los pueblos, pueblos como el peruano y el ecuatoriano.

Borraja. (Del cat. *borratja*, y este del lat. *borrāgo*, *-īnis*). Planta anual de la familia de las Borragináceas, de 20 a 60 cm de altura, con tallo grueso y ramoso, hojas grandes y aovadas, flores azules dispuestas en racimo y semillas muy menudas. Está cubierta de pelos ásperos y punzantes, es comestible y la infusión de sus flores se emplea como sudorífico.

Chilchil. *Tagetes minuta*. Hierba medicinal utilizada en infusiones como antiparasitario y ahuyentador de malas energías.

Guadaña. (Del germ. **waith-*, y este quizá del gót. **waithô*, prado, pastizal; cf. a. al. ant. *weida*, neerl. ant. *weitha*). Instrumento para segar, que se maneja con ambas manos, formado por una hoja larga y curvilínea, puntiaguda por un lado y sujeta por el otro, más ancho, a un mango largo que forma ángulo con el plano de la hoja y lleva dos manijas, una en el extremo y otra en el segundo tercio del mango.

Guanto. (*Brugmansia sanguinea*). Planta considerada sagrada por las culturas andinas. Su fruto es un poderoso analgésico utilizado para calmar los dolores musculares. Las flores se usan para dormir a los niños. Su rápido crecimiento hace que sea funcional para crear cercas vivas. Se utiliza también para fijar suelos en las laderas. Es un insecticida natural. Tradicionalmente, existe el mito de que sembrar guanto blanco ayuda a alejar la envidia y a ladrones. Por la vistosidad de sus flores, se lo usa también con fines ornamentales.

Hacha. Herramienta cortante, compuesta de una gruesa hoja de acero, con filo algo convexo, ojo para enastarla, y a veces con peto.

Illagua Canllushi. Comunidad perteneciente a Guanujo, Provincia Bolívar.

Jaibas. Nombre que se da en algunos países de América a muchos crustáceos decápodos, branquiuros, cangrejos de río y cangrejos de mar.

Machete. Arma blanca, más corta que la espada, ancha, pesada y de un solo filo.

Misahuallí. Puerto Misahuallí es un balneario de río con arena blanca y blanda, ubicado a 30 minutos al suroriente de la ciudad de Tena, capital de la provincia de Napo. Lugar donde el sol emerge desde el horizonte que une a los ríos Misahuallí y Napo.

Pejesapos. Pez teleosteo marino del suborden de los Acantopterigios, que llega a un metro de longitud, con cabeza enorme, redonda, aplastada y con tres apéndices superiores largos y movibles, boca grandísima,

colocada, así como los ojos, en la parte superior de la cabeza, cuerpo pequeño y fusiforme, aletas pectorales muy grandes, y pequeñas las del dorso y cola. Carece de escamas, es de color oscuro por el lomo y blanco por el vientre, y tiene por todo el borde del cuerpo como unas barbillas carnosas.

Pensamientos. (*Viola x wittrockiana*). Planta ornamental de hojas verdes y dentadas, y flores de anchos pétalos de colores blancos, amarillos, rojos o violetas. La mayoría desprenden bastante olor.

Ruda. (Del lat. *ruta*). Planta perenne, de la familia de las Rutáceas, con tallos erguidos y ramosos de seis a ocho decímetros, hojas alternas, gruesas, compuestas de hojuelas partidas en lóbulos oblongos y de color garzo, flores pequeñas, de cuatro pétalos, amarillas, en corimbos terminales, y fruto capsular con muchas semillas negras, menudas y en forma de riñón. Es de olor fuerte y desagradable y se usa en medicina.

Salvia. (Del lat. *salvia*). *Arg.*, *Cuba* y *Ur.* Planta olorosa de la familia de las Verbenáceas. Se usa contra las hemorroides y para hacer una infusión estomacal.

Santamaria. *Tanacetum parthenium* (L.) Sch.Bip. Hierba medicinal utilizada para: limpiados, artritis, baño caliente.

Saúco. (Del lat. *sabucus*). Arbusto o arbolillo de la familia de las Caprifoliáceas, con tronco de dos a cinco metros de altura, lleno de ramas, de corteza parda y rugosa y médula blanca abundante, hojas compuestas de cinco a siete hojuelas ovales, de punta aguda, aserradas por el margen, de color verde oscuro, de olor desagradable y sabor acre, flores blancas y fruto en bayas negruzcas. Es común en España, y el cocimiento de las flores se usa en medicina como diaforético y resolutive.

Valeriana. (Del lat. *valēre*, ser saludable, por alusión a las propiedades medicinales de la planta). Planta herbácea, vivaz, de la familia de las Valerianáceas, con tallo recto, erguido, hueco, algo veloso y como de un metro de altura, hojas partidas en hojuelas puntiagudas y dentadas, flores en corimbos terminales, blancas o rojizas, fruto seco con tres divisiones y una sola semilla, y rizoma fragante, con muchas raicillas en círculos nudosos, que se usa en medicina como antiespasmódico.

Yuca. Planta de América tropical, de la familia de las Liliáceas, con tallo arborescente, cilíndrico, lleno de cicatrices, de 15 a 20 dm de altura, coronado por un penacho de hojas largas, gruesas, rígidas y ensiformes. Tiene flores blancas, casi globosas, colgantes de un escapo largo y central, y raíz gruesa, de la que se saca harina alimenticia. Se cultiva en Europa como planta de adorno.

Acrónimos:

ONG: Organización no gubernamental

ONU: Organización de Naciones Unidas

SRI: Servicio de Rentas Internas



Desde mi perspectiva de mujer rural, nacida en Chimborazo y residente en la provincia de Pastaza, a esto sumado mi proceso de servicio a las comunidades a lo largo de 30 años, considero que esta obra aporta al enfoque de la democracia comunitaria, quizá no desde la mirada urbanística, pero sí desde la vivencia misma en el contexto de la realidad territorial y sus comunidades. Es así que la obra nos invita a entender y a sentir la esencia misma de la autenticidad de sus expresiones humanas y su afán de solidaridad y búsqueda del bienestar común, mediante diversas acciones emprendidas por mujeres rurales, revestidas de coraje, vocación y espíritu de lucha.

Además, la obra nos invita a conocer y reconocer el testimonio de su lucha permanente que busca la ruptura de esquemas culturalmente impuestos y que afectaron sus vidas, ante lo cual enfrentaron inmensos desafíos para ir hacia su auto superación y desarrollo personal, propios de las imposiciones costumbristas y patriarcales.

La obra nos acerca a conocer su visión y compromiso para la búsqueda del bien común, mediante su aporte y liderazgo en la gestión comunitaria cuyo objetivo procura el mejoramiento de las condiciones de vida de sus familias, especialmente el esfuerzo que cada una de ellas demuestra haber afrontado para que sus hijas e hijos tengan días mejores.

Asimismo, estos testimonios de vida nos muestran el porqué de su decisión de ser pioneras de lucha y ejemplo del trabajo voluntario no remunerado a base de esfuerzo, de ímpetu por golpear puertas en entidades públicas y de trabajo arduo ya sean solas o por medio de mingas comunitarias que coadyuvaron a lograr sus concreciones.

La obra nos entrega sus experiencias de vida, que las llevó de una u otra manera a motivar a las mujeres de sus entornos a procurar una vida digna, superar la sumisión, prevaleciendo sus deseos de verlas crecer y adquirir conocimientos sobre sus derechos, la conquista de espacios, autonomía y oportunidades.

Finalmente, la obra nos deja como moraleja el porqué es hora de achicar las brechas de desigualdades sociales, políticas e interculturales, y el porqué es imperante brindar la oportunidad de visibilizar a mujeres que aportan silenciosamente al desarrollo nacional desde el Ecuador profundo y rural, sobre todo, desde la entidad que promueve la democracia, en este caso, la *democracia comunitaria* con rostro de mujer e interculturalidad.

Luz Haro

Consejera Nacional Electoral Alterna